

IMPARABLE

ISIDRE ESTEVE

PILOTA TU
VIDA HACIA
DONDE TÚ
DECIDAS

Edición de
Lidia Guerrero



Índice

Portada

Porque somos libres y dueños de nuestro destino

Porque el accidente es sólo un accidente, no es nada esencial

Porque debemos amarnos a nosotros mismos si queremos que nos quieran los demás

Porque tenemos que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas

Porque debemos guardar duelo por todo lo que hemos perdido, pero también celebrar todo lo que nos queda

Porque lo importante no es ser el primero, sino estar

Porque estamos rodeados de personas que nos quieren y nos ayudan

Porque vencer los obstáculos nos puede dar la mayor de las satisfacciones

Porque la felicidad auténtica es movimiento y revolución, no conformismo

Porque la vida nos depara situaciones excepcionales, si unas son malas, otras pueden ser buenas

Porque la crisis no es un fracaso

Porque no debemos detenernos nunca

Porque podemos quejarnos y sufrir, pero nunca podemos dar la espalda a la vida

Agradecimientos

Créditos

Porque somos libres y dueños de nuestro destino

Julio de 2007. Las vacaciones que están al caer se apoderan del ambiente de la calle, pero aquí dentro, en esta habitación de hospital, el ambiente es siempre el mismo. Y yo ya no puedo más.

Tras cuatro meses, abandonamos el hospital y volvemos a casa. Hemos recogido todo muy deprisa y lo hemos colocado como hemos podido dentro del Ibiza, donde ya no cabe ni un alfiler. Es increíble la cantidad de cosas que puedes acumular en una habitación de hospital. Después de tantos meses, acabas trasladando allí una pequeña parte de tu casa, de tu vida: utensilios de higiene personal, libros, el ordenador, ropa de calle por si acaso —aunque no la usarás hasta el día que te vayas—, los regalos de las visitas, revistas, cajas de bombones, galletas... Un montón de cosas que no sabes lo que ocupan hasta que tienes que recogerlas para llevártelas.

De camino a casa empiezan a asaltarme un montón de dudas, inquietudes y miedos. He pasado muchos meses en Barcelona bajo la protección del hospital Vall d'Hebron. Sabía que allí dentro estaba seguro: siempre tenía cerca a alguien del personal por si me encontraba mal, si necesitaba ayuda para subir o bajar de la cama o si tenía una crisis de ansiedad; siempre tenía allí a los médicos, las enfermeras, los celadores..., todos preparados. No tenía que cruzar calles o subir escalones, todo estaba adaptado. No hacía ni frío ni calor. No debía preocuparme por lo que cenaría o pensar qué prepararía para comer... Como si viviera en casa de mis padres, sin preocupaciones, ni hipotecas, ni recibos del agua o de la luz, sin lavadoras que poner ni neveras que llenar. Todo lo controlaban los demás.

Ahora, todo eso lo dejo atrás. Por el retrovisor veo cómo la silueta del hospital se va haciendo pequeña y siento un cosquilleo en el estómago. Es una mezcla de sensaciones: nervios, expectación, preocupación..., pero, por encima de todas, la que domina es la libertad.

Quiero extender los brazos y respirar profundamente. Abro la ventanilla para que el aire me dé en la cara, un aire que huele distinto y que por fin es fresco. Dejo que esa sensación invada todo mi cuerpo y me impregne el alma.

Se acabaron los horarios restringidos, la dieta, los permisos, las noches eternas. Los gritos por los pasillos, los cambios de postura nocturnos que te rompen el sueño. Las puertas abiertas y las visitas inesperadas.

Llega una nueva vida llena de oportunidades, unas oportunidades que desde el hospital o no las ves o pasan tan lejos de ti que no puedes aprovecharlas.

En la radio del coche suena *Grace Kelly*, de Mika. En el hospital había escuchado mucho esta canción, la ponían todo el día en todas partes: en la radio, en la tele..., y no me gustaba demasiado, porque me recordaba el accidente que le costó la vida a la actriz

que acabó siendo princesa. Pero ahora la escucho y me gusta, incluso creo que tiene un tono alegre.

Llegamos a Sant Just, dejamos el coche en el parking y empezamos a sacar paquetes. Tendremos que hacer unos cuantos viajes. Cogemos el ascensor y empezamos a subir cosas. Estamos un poco nerviosos. Hemos tenido que hacer obras en casa para hacerla accesible; es una construcción un tanto antigua y no está muy preparada... En los años setenta del siglo pasado, la accesibilidad no era ni mucho menos una prioridad.

El primer obstáculo son los pasillos que hay entre las viviendas: son demasiado estrechos y un carro de supermercado cabe justito. Suerte que llevo una silla bastante pequeña y puedo pasar, aunque debo sacar las manos de las ruedas para no pillármelas, eso sí.

En la entrada de la casa supero el primer escalón con un poco de ayuda, y el segundo lo subo gracias a Alfons, un compañero de trabajo de Lúdia que nos ha hecho una rampa casera de madera la mar de útil.

Una vez superados los primeros obstáculos, entro en casa. Y todo se detiene. No me puedo mover. Sólo miro a mi alrededor, respiro profundamente, escucho el silencio, la paz. Y después ya me muevo, sí, pero como si fuera la primera vez que lo veo todo, las cosas en su sitio, las plantas, los colores de las paredes, todo me parece nuevo y al mismo tiempo me provoca una sensación que ya no recordaba: la intimidad.

En una habitación de hospital no existe la intimidad. Estás en tu cama, medio desnudo, compartes habitación con otro enfermo y sus familiares, la puerta suele estar siempre abierta, la gente entra y sale constantemente, vienen a darte una pastilla o a cambiarte de posición, el fisioterapeuta te hace mover las piernas, la enfermera te saca sangre, el médico te explora... El cuerpo no te pertenece y tu espacio no existe, no te puedes esconder en ninguna parte. Por eso, ahora, me resulta tan reconfortante esa sensación de intimidad.

La salida del hospital ha sido un poco precipitada y no nos ha dado tiempo de tenerlo todo a punto. Vivimos en un dúplex, está muy bien, sí, pero no es nada funcional si te mueves por el mundo en una silla de ruedas. Resultado: ahora no puedo acceder a mi dormitorio. De momento hemos sido prácticos y hemos decidido comprar un colchón de aire para convertir la sala de estar en un dormitorio provisional.

En el centro comercial echamos un vistazo a los diferentes modelos de colchón; hay muchos factores que tener en cuenta. Debe ser lo suficientemente alto para facilitar el traslado de la silla al colchón y lo suficientemente ancho, porque necesito tener espacio para ir cambiando de postura durante la noche.

En casa, hinchamos el colchón —el mecanismo no es muy rápido, pero no tenemos prisa—, y una vez inflado y colocado en la sala no queda mal. Hacemos la cama y, como dos niños el primer día de campamento, nos acostamos, contentos de estar en casa y de

estar juntos, con la ilusión de empezar una nueva vida. Recordamos el tiempo pasado en el hospital y nos abrazamos aún más fuerte. ¡Cuántas noches de angustia e insomnio han quedado atrás!

Pero el despertar no es tan idílico. Me cuesta moverme, estoy dolorido. Me doy la vuelta y veo mi silla junto al colchón, pero parece mucho más alta que ayer, cuando bajé. Toco el colchón y está duro: ¡el suelo!

Lidia intenta volver a hincharlo, pero no hay manera: está pinchado. Tratamos de subirme a la silla desde el suelo, pero me faltan fuerzas. Me acerco al sofá y tampoco es lo bastante alto. La situación es tan cómica que no podemos parar de reírnos, y eso hace que tengamos cada vez menos fuerza, claro. Tenemos que parar.

Como está claro que no podemos, buscamos una solución alternativa. Hacemos una especie de escalera con unos cuantos libros y, escalón a escalón, libro a libro, voy ganando altura hasta llegar a la silla, y una vez allí, sentarse es muy fácil. Sentado cómodamente en mi silla, miro a Lidia y nos reímos. Hemos tardado dos horas y ahora estamos agotados. Pero ¡lo hemos conseguido!

La vida que nos espera no será nada fácil. Tendremos que adaptar más la casa, levantarnos más temprano o dar más rodeos que las personas sin discapacidades para llegar a los sitios. Pero la vida no es fácil para casi nadie. Y yo he elegido enfrentarme a ella para poder decidir qué hago, cuándo y cómo.

Lo más cómodo sería seguir amparado por la seguridad de un centro especializado, donde todo está controlado, estudiado y preparado, y no tienes que tomar decisiones porque ya hay quien las toma por ti. Pero para mí eso no es vivir.

Hay que ser valiente, romper los lazos y decir basta. El camino es difícil y está lleno de obstáculos, de colchones que se desinflan. Hay momentos en que tirarías la toalla, en que no puedes más y elegirías el camino fácil de dejarte llevar, pero si no lo haces, si no te das por vencido, cada obstáculo que superas te hace más fuerte, cada paso adelante te hace sentir más vivo y te da fuerza para dar el siguiente.

El hecho que de momento no pueda subir a mi dormitorio no me puede privar de dormir en mi casa. Es cierto que es más cómodo dormir en la cama del hospital, pero lo que es cómodo no es necesariamente lo mejor.

¿Quién es más feliz? ¿Quien tiene un trabajo fijo en una oficina, con un sueldo elevado, una casa grande y un coche de gama alta, pero que continuamente recibe las humillaciones de sus jefes y el desprecio de sus compañeros, o quien tiene un trabajo intermitente pero que le apasiona, como un monitor de deportes de montaña, que seguramente nunca tendrá ni una casa grande ni un coche de lujo? Al segundo no le hace falta nada material para gozar de la vida, porque la vive y la disfruta mientras trabaja haciendo lo que más le gusta.

Nos solemos dejar llevar por el entorno, sin fijarnos adónde nos lleva. Si los amigos se compran una casa nueva, nos vemos en la obligación de imitarlos; si se van de vacaciones a un lugar exótico, nosotros no podemos ser menos; si nuestro superior nos

explota y nos presiona constantemente, qué se le va a hacer. No nos planteamos si todo eso es necesario, si nos apetece o si es justo. No queremos pensar, porque reflexionar exige esfuerzo y tiene consecuencias.

Para mí hay dos cosas muy importantes en la vida. Una es levantarme por la mañana contento por lo que me deparará el día, con ganas de vivir. La otra es irme a dormir con la conciencia tranquila porque he hecho todo lo que podía hacer.

Si la mayoría de tus días no empiezan ni terminan así, merece la pena hacer algo, tomar las riendas, asumir que eres el responsable de tu felicidad, descubrir qué te hace sentir vivo. Y lanzarte a por ello, imparable.

No es fácil asumir grandes cambios, y no siempre es posible, pero sí hacer algunos más pequeños en las situaciones cotidianas que nos hacen sentir vivos si sabemos valorarlas.

Después del desengaño con el colchón desinflado, no hemos salido corriendo a buscar otro. Hemos ido a una cafetería que está cerca de casa y que tiene una terracita desde donde se ve a la gente yendo de un lado a otro. Hemos compartido un bocadillo y nos hemos tomado un café mientras observábamos a la gente. Para nosotros, desayunar juntos disfrutando de un buen café es convertir en realidad un sueño que tenemos desde hace muchos meses. Es un momento cotidiano que nos acerca a la felicidad, no necesitamos nada más.

La gente que pasa a nuestro lado parece que no se dé cuenta de nada. Vemos caras preocupadas, enfadadas, expresiones serias o nerviosas. Todos corren, sin mirar a ninguna parte, sin observar a los demás; lo importante es ir deprisa y lejos, que ningún obstáculo les impida llegar. Pasan por la vida sin valorarla, sin mirarla con perspectiva, no se fijan en qué cara tiene el taxista que los lleva, no saben cómo se llama el recepcionista de la oficina donde trabajan o el conserje del edificio donde viven. Trabajan un montón de horas al día, pero ¿cuántas de ellas disfrutan?

Todos pasan tan deprisa que no se dan cuenta de que allí, a su lado, sentadas, hay dos personas muy felices que los observan.

He tenido la suerte de poder hacer lo que más me gusta, pero para lograrlo he tenido que trabajar duro y enfrentarme a los obstáculos. Y ahora no quiero que sea diferente, no quiero caer en una rueda de rutina aburrida y teledirigida.

Mi discapacidad no me detendrá. Me hará ir un poco más despacio, pero lucharé para llegar adonde quiero llegar.

Porque el accidente es sólo un accidente, no es nada esencial

Me llamo Isidre Esteve, soy piloto de raids y mi pasión es el Dakar.

A menudo la gente me pregunta qué objetivos tengo ahora, incluso aquellos que me conocen desde antes del accidente, y yo siempre les digo lo mismo: ser feliz. No busco ser el mejor en nada, ni tener más que nadie, ni acumular reconocimientos. Sólo busco, ahora más que nunca, coleccionar momentos de felicidad, porque soy consciente de que la felicidad no dura siempre.

Vengo de una familia muy modesta de Oliana (Lleida), soy el pequeño de cinco hermanos y todos, desde muy jóvenes, tuvimos que trabajar para ayudar a la familia. Mis hermanos, Sisco y Jaume, estaban en el hotel Cal Boix, a pocos kilómetros de casa: uno trabajaba de camarero y el otro en la cocina. Y mis hermanas, también desde muy jóvenes, tuvieron que irse: Clara a servir en una de las casas más importantes del pueblo y Fina, a una escuela especial. Y yo, mientras fui a la escuela, pasaba la tarde con los amigos, corriendo por la montaña. La naturaleza era nuestro mejor juguete.

Hasta que llegó el año en que mis amigos se empezaron a comprar bicicletas. Si tenías una bici tenías un tesoro, y podías ser el líder del grupo, la envidia de todos. Así que una tarde volví a casa y pedí una. Mis padres eran muy estrictos, por eso me había preparado un montón de razones para argumentar por qué necesitaba una bicicleta. ¡Y funcionó! Aunque no exactamente como yo había imaginado.

—Tienes razón. Necesitas una bici. Pero te la tienes que ganar. Ya es hora de que empieces a valorar las cosas —dijo mi padre.

Así que fue a hablar con el dueño del hotel donde trabajaban mis hermanos y le convenció para que me comprara una bicicleta a cambio de trabajar los fines de semana: debía repartir publicidad del hotel en un control de la Guardia Civil, cerca de la frontera con Andorra. En aquella época, estaba de moda subir al Principado a comprar azúcar, queso de bola, chocolate, cámaras de fotos, etc., y había quien aprovechaba para hacer contrabando.

Cada fin de semana cogía el autobús, el Alsina Graells, a primera hora de la mañana, y me pasaba todo el día a pie de carretera, entregando publicidad a los conductores de los coches que paraba la Guardia Civil. Al mediodía hacía una pausa para sentarme a comer el bocadillo y tomarme una Coca-Cola que compraba en el bar de al lado, el del restaurante Els Roures. Y mientras comía observaba a la gente.

Cuando me había acabado el bocadillo, volvía a repartir publicidad hasta la noche. Tenía ocho años y era mi primer trabajo. Ahora eso sería explotación infantil, pero para mí fue la primera lección que me dio la escuela de la vida. Tardé dos años en pagar esa bicicleta.

A mi madre aún le duele haber tenido que ponernos a trabajar desde tan pequeños, pero yo estoy convencido de que eso nos enseñó mucho y nos ayudó a ser mejores personas. Así aprendimos a valorar las cosas y a respetarlas.

No tengo ningún recuerdo traumático de mi infancia. Fue una época feliz, con muchos momentos duros, pero también llena de descubrimientos y aprendizajes.

El sueño de mi padre era volver a reunir a toda la familia bajo el mismo techo, así que trabajó duro para poder abrir un negocio familiar en el que pudiéramos trabajar todos. La Semana Santa de 1983 inauguramos el restaurante Cal Petit. Con unos cuantos cambios y adaptaciones, transformamos nuestro hogar en un lugar de lo más acogedor. Y mis cuatro hermanos pudieron volver para comenzar todos juntos la nueva aventura de la hostelería.

Nuestra casa estaba a la salida del pueblo, de modo que mis padres me compraron una moto pequeña para poder ir y volver de la escuela más deprisa y así poder ayudar a servir las comidas, porque al mediodía había mucho trabajo.

Las tardes que tenía libres las pasaba con mis amigos, yendo con la moto por la montaña. La moto nos permitía ir más lejos, más arriba, y descubrir lugares nuevos.

En aquellos tiempos, en Oliana se hacía una carrera de motos, el Enduro del Segre, una modalidad *offroad* del motociclismo, que pasaba muy cerca de casa. Desde nuestras habitaciones podíamos oír el rugido de los motores. Siempre que podíamos nos escapábamos a la montaña para ver pasar a los pilotos. Era un momento mágico.

Cuando volvía a casa, me imaginaba haciendo la carrera en una de esas motos. Y un día que volvía soñando que ya la corría, se me ocurrió decirle a mi padre que yo quería hacer el Enduro del Segre algún día. Con una mirada suya me bastó para saber que me había equivocado:

—¿Carrera? ¿Qué carrera? ¡Mientras no seas mayor de edad, tú te quedarás aquí trabajando!

Y cumplí los dieciocho y llegó la revolución a casa. El tiempo no me había hecho olvidar el deseo de correr. Al contrario, cada edición del Enduro del Segre lo fue reforzando. Fueron muchos años viendo el mismo tramo de carrera al lado de casa.

Así que me planté y les dije que quería hacer esa carrera, sólo una vez, para sentirme piloto por un día. Al día siguiente volvería a servir comidas como siempre.

Y fui a la carrera con mi moto nueva, roja, la TM. Me la había comprado con mis ahorros hacía seis meses, ya con la idea de hacer la carrera que tenía pendiente desde hacía tantos años. Y con lo que me quedó de los ahorros aún pude comprarme un equipamiento nuevo, de la casa Sinisalo. Me miraba al espejo y no me lo podía creer: ¡parecía un piloto de verdad!

A la salida de la carrera yo estaba más contento que nadie. No conocía las reglas, no sabía qué diferencia había entre el tiempo que se nos daba para cubrir los controles horarios y el tiempo que se nos otorgaba en los tramos cronometrados, ignoraba qué era

un parque de asistencia o un parque cerrado. Yo sólo sabía que tenía que ir con la moto por la montaña y deprisa..., y esto era lo que más me gustaba. Así que lo hice, acabé la carrera ¡y la gané!

No nos lo podíamos creer. Los entendidos que corrían por allí me quisieron convencer para que hiciera más carreras y completara el Campeonato de España. Todavía no sé cómo conseguimos que mis padres me dejaran hacerlo: mi hermano Sisco me ayudó mucho, siempre he podido contar con su apoyo. Mis padres sólo me pusieron una condición: que fueran pocos fines de semana, y que cuando no hubiera competición siguiera trabajando en el restaurante.

Hice todo el campeonato y lo gané. Y vinieron más carreras y más campeonatos. Y el veneno de la competición se me fue metiendo dentro.

Poco a poco me fui dedicando más seriamente al mundo de las motos y fui dejando el trabajo del restaurante, aunque durante muchos años compaginé ambas cosas. Recuerdo que, a veces, cuando las carreras se celebraban cerca de Oliana, había llegado a servir la cena y el desayuno a mis rivales. Y cuando se celebraban lejos, esperaba a terminar el servicio de la noche del viernes y que todos los clientes se hubieran marchado para poder salir hacia la competición del fin de semana.

En muy poco tiempo llegué a lo más alto, y me salté un montón de pasos que habitualmente son necesarios. Así que tenía que entrenar mucho más que los otros para poder mejorar y estar a la altura de mis rivales. Tuve que trabajar la técnica sobre la moto, y me tuve que preparar también físicamente, porque era demasiado pequeño para la modalidad.

Fueron muchos años de buenos momentos y alegrías: formé parte del Equipo Nacional de Enduro; fui a los Seis Días Internacionales de Enduro, la máxima competición para equipos en el ámbito internacional; compartí equipo con los mejores — hasta hacía poco los seguía en las revistas y ahora eran mis compañeros—, y tuve la oportunidad de viajar y conocer mundo, y de aprender de los mejores.

También fueron años de grandes decepciones. Estuve a punto de ser campeón del mundo y no lo conseguí por muy pocos segundos. Y la historia se repitió en el Campeonato de Europa. Y no estaba preparado para asumir esas derrotas, no estaba preparado para el fracaso.

Llegar tan pronto a la élite de este deporte seguramente hizo que todo pareciera más fácil de lo que era. Cuanto más entrenaba y más trabajaba mi técnica, mejores resultados obtenía. El esfuerzo y el sacrificio tenían su recompensa. Pero a veces no basta con las ganas, el trabajo y el sacrificio. No siempre depende todo de ti. Y eso me hundió.

En medio de esta crisis, en un viaje de vuelta de una carrera con mi compañero Nani Roma, charlamos de los últimos resultados en las carreras y de mi estado de ánimo. Nani me habló del Dakar, él había participado el año anterior y había vuelto

entusiasmado. Y me animó a probarlo. Estuvimos todo el camino conversando sobre esta carrera y sobre África. Cuando llegué a casa ya estaba del todo convencido. Tenía un nuevo objetivo.

Sólo faltaban tres meses para la salida del Dakar, así que me puse manos a la obra enseguida. Fueron tres meses intensos de visitas, entrega de dosieres, reuniones... De la mano de Josep Lluís González, recorrimos todas las empresas de la provincia, y entre todos hicieron posible que, con el nombre de Lleida-Dakar, el 1 de enero de 1998 estuviéramos en la salida de esa mítica carrera.

El descubrimiento de ese continente, África, me cambió la vida para siempre: la gente, las costumbres, el hecho de no tener nada pero darlo todo... Ese primer viaje marcó un antes y un después en mi vida.

En cuanto a la competición, es la más dura y la más exigente de todas, pero también la más bonita, la que hace que te reencuentres contigo mismo, que conozcas tus límites y te des cuenta de lo que puedes llegar a hacer.

El Dakar es una carrera sin señales ni marcas que indiquen por dónde debes ir; las únicas indicaciones de que dispones son las del libro de ruta, que contiene una serie de datos muy básicos. Pero las decisiones las tomas tú solo, tienes que confiar en tu sentido de la orientación, en tu interpretación del libro de ruta y en los pocos indicadores que tienes en la moto. No puedes preguntar nada a nadie. Eres tú quien debe encontrar el camino que debes seguir.

Cuando eres capaz de llegar a la meta, de ser el primero en hacer todo el recorrido, sin ninguna pista que te guíe, cuando miras detrás de ti y no ves a nadie, entonces sabes que estás preparado para ganar.

El Dakar también me sirvió para aprender a trabajar en equipo. Cuando llegué, los equipos oficiales pasamos de una estructura de dos personas —piloto y mecánico— a una de sesenta: dos pilotos punteros, dos pilotos de asistencia en carrera («mochileros»), un mecánico para cada moto y un jefe de mecánicos, los conductores de los camiones de asistencia en pista con dos mecánicos cada uno, los conductores de los camiones de asistencia fuera pista, los fisioterapeutas, el jefe de logística, el responsable de comunicación... Un montón de personas trabajando para ti y contigo. Un montón de personas que han estado trabajando todo el año para darte las mejores herramientas para poder ganar. Un montón de personas que cada día de la carrera se levantan a las cuatro de la madrugada y hacen cientos de kilómetros para que tú puedas competir en las mejores condiciones.

El trabajo en equipo en esta carrera, como en todas las modalidades deportivas, es fundamental. Cada persona tiene una función única y muy importante dentro de la estructura, y si falla puede hacer que todo fracase. Si un camionero no llega a tiempo para hacer la asistencia, si un mecánico se equivoca con una pieza, si el mánager no sabe

plantear la etapa siguiente, si el fisioterapeuta no hace bien la recuperación o si el ingeniero decide cambiar una pieza que funcionaba, todo se puede ir al traste. Todos son importantes, cada uno en su papel.

También es vital que el líder del equipo sepa transmitir al resto este espíritu, hacerles partícipes del proyecto, que sientan que forman parte de él, porque si logran sentirlo como suyo, su motivación y su rendimiento serán mucho más altos. Formar parte de un equipo así es una gran satisfacción para cualquier profesional, es ver tu sueño hecho realidad. Yo lo vi cumplido en los últimos años de mi carrera y me siento afortunado.

Y ése fue mi mundo durante diez años de mi vida, hasta que un 24 de marzo, de repente, todo se detuvo. Sin que nadie me avisara, sin tener libro de instrucciones ni ningún tipo de preparación, sufrí una lesión para la que nadie está preparado. Una lesión que, si alguna vez piensas en ella, siempre crees que a ti no te pasará, que eso sólo les ocurre a los demás.

Durante una carrera del Campeonato de España de raids sufrí un accidente. No iba muy deprisa y llevaba todas las protecciones reglamentarias, pero a veces un montón de factores externos se alían y la suerte te abandona.

Topé con una piedra escondida entre el polvo de la pista que me sorprendió; no la pude esquivar y me hizo salir disparado de la moto, con la mala suerte de que el golpe que me di en el asiento me comprimó las vértebras hasta el punto de romperlas. Antes de caer al suelo, ya me había lesionado la médula espinal.

He pasado por hospitales y centros de rehabilitación, y ahora vuelvo con más ganas que nunca de vivir, de encontrar todos los momentos que me aportan felicidad y compartirlos con quien quiero. Porque no puedes controlar siempre qué te pasa, pero sí puedes elegir cómo lo afrontarás. Y yo he decidido seguir adelante. Imparable.

*Porque debemos amarnos a nosotros mismos si queremos
que nos quieran los demás*

En cuanto nos hemos estabilizado un poco y hemos tenido la casa más o menos preparada, hemos empezado los entrenamientos en las instalaciones de Sant Joan Despí, en Barcelona. Se acabó la rehabilitación con los fisioterapeutas especializados y las máquinas adaptadas; ahora hay que recuperar la forma física y conseguir el máximo de autonomía, pero lejos de los hospitales.

Vuelvo al Salvador Gimeno, el gimnasio donde ya entrenaba antes de la lesión, donde había preparado las últimas carreras del Dakar con la supervisión de Lidia.

Entramos en las instalaciones prácticamente a la misma hora que solíamos hacerlo hace medio año. Atravesamos el largo pasillo hacia los vestuarios, pero esta vez vamos a un vestuario diferente: me han adaptado uno pequeño para que pueda entrar con Lidia, ya que aún necesito ayuda para cambiarme.

Después de mucho tiempo, me vuelvo a poner los pantalones cortos, una de mis camisetas KTM, las zapatillas de deporte, y me miro y pienso: «Pues no tengo tan mala pinta.» Cojo la toalla y la botella de agua y ya estoy a punto.

Ahora, el camino de subida hasta la sala también es otro. Dejamos de lado la escalera y cogemos el ascensor que nos deja frente a la puerta de acceso a la sala, un ascensor que antes yo no sabía ni que existía, ¡nunca me había fijado! Esto suele pasar: no vemos las cosas hasta que las necesitamos.

Una vez dentro del gimnasio, todo es como antes: el mismo monitor, las mismas máquinas, las mismas caras. Me miro y veo que el único que ha cambiado soy yo.

Recorro la sala hasta el otro lado, donde hay un espacio para calentar. Los otros usuarios me miran y me saludan sin inmutarse demasiado. El monitor me abraza; está contento de volver a verme, hablamos un poco y enseguida le reclama otro usuario. Después, todos retoman sus actividades, como si yo tampoco hubiera cambiado.

En las pantallas de televisión de la sala repiten los deportes del fin de semana. En las carreras de motos GP, Stoner arrasa con su Ducati. Contador es el flamante ganador del Tour. El mundo no se ha detenido.

Empiezo mi entrenamiento con Lidia, primero el calentamiento, luego la movilidad, tanto de los brazos y la espalda como de las piernas —he de aprender a moverme yo solo las articulaciones que no puedo trabajar de manera voluntaria—. A continuación vienen los ejercicios de equilibrio —mi centro de gravedad ha variado y no estoy acostumbrado— y continuamos con el trabajo de fuerza en las máquinas, el espacio más poblado de la sala.

Nos acercamos a una de las poleas que está ocupada y le pedimos al usuario que la utiliza que trabajemos los dos, por turnos. Ya habíamos coincidido en otras ocasiones con este chico en la sala, antes del accidente. Él se da la vuelta y me dice, riendo: «¡Claro que sí! Hala, vaya vacaciones, ¿eh? ¡Ya era hora de que volvieras!»

Seguro que lo ha dicho de corazón, sin pensarlo, y es precisamente este trato tan sencillo y tan «normal» lo que me hace sentir, lo que me ayuda a integrarme en un ambiente que antes ya era el mío. Su comentario me ha liberado de mucha tensión. Y es que es ésta la actitud que necesito a mi alrededor. No quiero caras de pena, ni lamentaciones ni palmaditas en la espalda que me recuerden la mala suerte que he tenido. Quiero que me traten como siempre, sin privilegios ni sobreprotección. Exactamente como lo ha hecho este chico de la sala.

Continuamos el entrenamiento, vamos cambiando de máquina y si puntualmente necesito ayuda extra no me importa pedírsela al compañero que tengo más cerca, y ellos no dudan en echarme una mano, como tampoco lo hacen cuando otro les pide ayuda para completar las últimas repeticiones de un ejercicio con mucho peso.

Sé que soy diferente, pero no mucho más que el resto. En esta sala, como en la vida, nadie es del todo «normal».

Usamos muchas de las máquinas que ya utilizábamos antes; puede que ahora me cueste un poco más, pero tanto me da, me esfuerzo, y de uno en uno voy completando los ejercicios que me marca mi entrenadora. Cada ejercicio que hago y termino me acerca un poco más a la normalización.

Me gusta reencontrar las sensaciones del entrenamiento: notar cómo me trabaja la musculatura, y yo le pido más y ella responde. Las articulaciones, algo oxidadas, vuelven a ganar movilidad. Los tendones, agarrotados, recuperan su longitud y flexibilidad. Poco a poco, las partes del cuerpo vuelven a ponerse en su sitio, o más bien encuentran su nuevo puesto y su nueva función.

Y una vez he terminado los estiramientos finales, llega por fin el momento de ir a la ducha, me lo he ganado. De momento aún me ayuda Lidia, y nos lleva un buen rato, pero estoy contento con el trabajo que he hecho, satisfecho de mí mismo.

Es una sensación que estoy seguro de que entenderán perfectamente los que practican algún deporte. La actividad física te hace sentir así. Quizá no todos los días te apetece entrenar, ya sea por pereza o por mil razones más, no quieres ir al gimnasio, pero una vez te pones a ello, te sientes satisfecho.

Y así van pasando las semanas. Los días en el gimnasio son duros, sobre todo cuando toca piscina a primera hora de la mañana y en pleno invierno. Odio meterme en el agua cuando hace tanto frío fuera. Noto que el pecho, que es donde empiezo a tener sensibilidad ahora, se me encoge y me estremezco. Pero una vez en el agua y pasados los primeros minutos, la sensación acaba siendo increíble. ¡He llegado a nadar hasta una hora seguida! Dentro del agua me siento ligero, noto que el cuerpo deja de pesar y me muevo suavemente. Puedo bucear, hacer ejercicios sentado en un corcho, nadar en diferentes estilos: el agua me da libertad de movimiento.

También son duros los entrenamientos con balón medicinal para recuperar el equilibrio, o las pesas para fortalecer los hombros y prevenir posibles lesiones que me inmovilizarían, o las largas sesiones de bicicleta de manos, que me mejoran la capacidad

aeróbica, ya que quedó muy mermada con la perforación de los pulmones.

Han sido semanas de trabajo duro, de dar lo mejor de mí mismo, y todo este trabajo me ha llevado a sentirme bien con mi cuerpo, me siento equilibrado y ahora confío mucho más en mis posibilidades. Y sobre todo tengo mucha más autonomía.

Todo este esfuerzo ha valido la pena. No depender de los demás, poder desplazarme solo, levantarme y vestirme, ir a comprar o poder quedar con un amigo es genial. Sí, hay momentos en que necesito la ayuda de los demás, pero necesitar no es depender, y eso quien no tiene o no ha tenido autonomía lo entenderá. Y está claro que la actividad física para mí ha sido fundamental, en todos los niveles, y aún lo es ahora.

No descubro nada si digo que hacer ejercicio es beneficioso para la salud, que cuando te mueves te sientes mejor y estás de mejor humor. Debería ser obligatorio para todos. No hablo de hacer entrenamientos duros cada día, como los que hago yo. Pero sí de una actividad más moderada tres veces por semana. Se puede caminar, nadar, ir en bicicleta o en bici de manos, jugar al tenis... Puedes hacer ejercicio solo, en pareja o en grupo. Al aire libre o en un gimnasio, o en el agua, o en la montaña, o donde quieras. No hay excusas que valgan. Todos podemos encontrar nuestra manera de hacer ejercicio. Sólo hay que tener ganas y tiempo.

¡Y es que cuando acabas de hacer ejercicio te sientes tan relajado y positivo que casi me atrevería a decir que la actividad física nos mejora como personas! Si todos hiciéramos ejercicio regularmente quizá el mundo iría mejor, habría menos problemas, seguro.

Sin ir más lejos, pensemos en la sanidad: la gente iría menos al médico, tomaría menos medicamentos, no harían falta tantas operaciones, es decir, se reduciría el gasto sanitario.

O si no, traslademos esto al entorno laboral: si haces ejercicio mejora tu autoestima, y eso afecta al humor y a las ganas de hacer cosas, y permite que seas más dialogante y estés más predispuesto a trabajar en equipo. Así que disminuirían los conflictos laborales y habría menos bajas por enfermedad o depresión.

Para mí el deporte no es una afición, sino una manera de entender y vivir la vida. Me ha inculcado la cultura del esfuerzo y de la lucha, el espíritu de superación, de llegar siempre más allá —antes, para llegar a lo más alto; ahora, para sacar el máximo provecho a mi nueva situación, que no es fácil, pero sí gratificante cuando lo consigues.

Estos entrenamientos también me han ayudado a reencontrarme, he recuperado el control del cuerpo, he aprendido dónde están mis límites ahora, he descubierto qué puedo hacer y he podido calcular qué podré llegar a hacer. He perdido el miedo a ir sentado más erguido, a llevar un cojín más alto, a cambiarme de la silla de ruedas a un sillón en el cine o a subir un pequeño escalón si voy por la calle solo. O sea: mi calidad de vida ha mejorado.

Y poder ir a la misma instalación donde entrenaba antes también ha sido un factor determinante. Me ha sentado bien alejarme de la sobreprotección de los centros especializados y enfrentarme a una sala convencional que no está preparada específicamente para lesionados, donde no hay médicos, ni fisioterapeutas ni enfermeros por todas partes. Poder seguir un entrenamiento como cualquier otro usuario me ha dado confianza y he podido tener tratos con todos los que están en la sala, con los que conocía antes y con los que he conocido después, al margen de si sufren alguna discapacidad o no.

Y tengo que reconocer que ni los gimnasios ni sus usuarios están preparados en absoluto para este tipo de situaciones. Hemos encontrado instalaciones que ni siquiera querían oír hablar de clientes en silla de ruedas, ya fuera por ignorancia o por prejuicios.

Y también nos hemos topado con personas con discapacidad que han decidido hacer bandera de su situación y dedicarse a la autocompasión, sin hacer ningún esfuerzo por mejorar, por tener más autonomía, esperando que los demás les faciliten las soluciones a sus problemas.

Pero por suerte, ni unos ni otros son mayoría, y es tarea de todos cambiar estas mentalidades obtusas y anticuadas. Y el deporte es una de las mejores herramientas que existen para la integración.

Después ya existe otra vertiente del deporte que es la alta competición, el alto rendimiento, la presión por los resultados. Y en este ámbito ya no hablamos de salud, hablamos de sacrificio y de esfuerzo hasta el límite. Cuando el deporte se profesionaliza, cambian los objetivos, y por encima del deportista están los resultados. Pero éste ya es otro tema.

Porque tenemos que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas

Hace tiempo que hemos empezado a llevar una vida normal; las sesiones intensas de gimnasio han quedado atrás, ya tengo mucha autonomía y también suficiente confianza para volver a hacer largos desplazamientos como el que vendrá.

Un amigo que ha participado en muchas carreras por el desierto y, como yo, es un enamorado del continente africano, ha organizado una excursión a Marruecos, a la zona donde están las dunas más famosas del país. Y nos ha invitado. Sólo serán tres días y nos ponen todo tipo de facilidades en cuanto al transporte, así que no podemos decir que no. Me hace mucha ilusión volver a aquella tierra.

Estamos en el avión, camino de Er-Rachidia, una ciudad que sirvió de base a la Legión Extranjera y que es paso obligado en el camino hacia las primeras dunas. Desde que tuve el accidente no he vuelto a África, y ahora me doy cuenta de cómo he añorado este continente. Gran parte de mi vida deportiva la he pasado viajando a África y he tenido la suerte de poder disfrutar tanto del paisaje como de su gente. Aunque es cierto que ahora las cosas están bastante peor allí y el ambiente que se respira ha cambiado desde entonces, lo que no cambia es la magia, los colores y los olores de África.

Por mucho que viaje a esta tierra, no dejaré de sorprenderme nunca la sonrisa de estas personas, sincera y espontánea; la mirada inteligente, que te intimida, de los ancianos, profunda y respetuosa, pero sin miedo; la alegría de los más pequeños, con sus gritos, risas y apuestas; los colores de los vestidos de las mujeres, los cánticos y la música de bienvenida que te dedican cuando llegas. En definitiva, este ambiente, este aire que no sé qué tiene que te contagia las ganas de vivir.

Y eso que no tienen nada, prácticamente nada; la mayoría ni siquiera tiene agua corriente y debe hacer muchos kilómetros de camino, a pie, para conseguirla. Tampoco tienen electricidad, no conocen ni los interruptores ni las bombillas, no llevan reloj, y el sol es su referencia temporal. Y sólo unos pocos privilegiados tienen algún tipo de vehículo. Si lo miramos desde nuestro punto de vista, desde la comodidad de nuestro sofá, ¡parece miserable! Pero no lo es.

Tienen todo lo que necesitan para vivir, y no les hace falta gran cosa más para sentirse bien. No necesitan teléfonos, ni ordenadores, ni iPad, ni el último modelo de coche que ha salido al mercado. Su día a día es tan duro que, una vez tienen cubiertas las necesidades básicas, se dedican a disfrutar de los pequeños momentos, y si les sobra algo no se lo piensan dos veces a la hora de compartirlo. No dudan en acercarse a ti y abrirte las puertas de su casa, y te ofrecen lo poco que tienen con esa sonrisa que sólo tienen ellos.

No pierden los papeles cuando les falla la tecnología, se va la luz o les cortan el agua. Como no tienen todo eso, no dependen de ello.

Una vez aterrizamos en Marruecos, hacemos un largo camino hasta el complejo hotelero donde nos alojaremos. Entonces miro por la ventanilla del coche y... Cuántos recuerdos me traen estas tierras tan hostiles y a la vez tan acogedoras.

Los niños persiguen nuestro coche gritando y saludando, y lo hacen en todos los idiomas. Cuando les contesto en castellano, empiezan a enumerar rápidamente a los jugadores del Barça, alguna ciudad del país o algún otro famoso. Si les contestan en italiano, hacen lo mismo con jugadores o ciudades italianas, y así hasta en cuatro o cinco idiomas diferentes que les son familiares. No tienen muchos conocimientos académicos, pero saben perfectamente cómo ganarse a la gente.

Aquí, los niños no tienen televisores ni consolas, pero no se aburren, tienen muchos otros recursos. Nunca han tenido gran cosa para jugar, así que han desarrollado la imaginación. Cuando la vida no es fácil desde el principio, eres más espabilado. Aprenden a ganarse cada cosa que tienen, y cuando la tienen saben disfrutar de ella.

No puedo evitar comparar a estos niños con los occidentales, que nunca están contentos del todo, siempre quieren otro videojuego, en lugar de la bici ya piden la moto, quieren el último juguete que han visto anunciado. Se aburren enseguida, en cuanto les dejas sin tele o sin consola, se traumatizan si son los únicos de la escuela que no tienen teléfono móvil o se deprimen si no les organizas una fiesta de cumpleaños como la de sus compañeros.

¿Cómo puede ser que un niño africano, que debe hacer largas caminatas para llegar a la escuela, cuya «actividad extraescolar» es trabajar para ayudar a la familia y cuyo único juguete es un balón que él mismo se ha fabricado, sea más feliz que un niño al que su madre lleva todos los días a la escuela en coche, que tiene el armario lleno de ropa, los estantes atestados de juguetes y en el escritorio un ordenador junto a la consola?

Por fin llegamos a nuestro destino. El contraste es impactante. A nuestro alrededor hay una gran extensión de tierra desierta, estamos en medio de la nada, en una especie de oasis, un muro de piedras que rodea una serie de pequeños apartamentos de color tierra, con una gran piscina en medio, palmeras por todas partes y un montón de pasillos como pequeños callejones, frescos y protectores, que conectan unos apartamentos con otros. En las paredes hay luces de barro que iluminan el espacio de manera sinuosa e invitan a pasear. ¡Qué maravilla!

Una vez instalados en la habitación, que parece de película, salimos a la terraza que hay junto a la piscina. Necesito relajarme y sentir ese olor tan propio de África, respirar profundamente y disfrutar de la calidez del aire que me acaricia la cara. Y de música de fondo, el agua que brota de una fuente en medio de la piscina. ¡Qué paz!

Pedimos un refresco y lo saboreo dejándome llevar por un montón de sensaciones. ¡Cuánto tiempo desde el último viaje a África!

Desde nuestra mesa puedo observar a los otros turistas del complejo. Hay de todo, pero predomina un perfil: señores gordos, con la piel quemada por el sol, bebiendo grandes jarras de cerveza. Me pregunto si se habrán movido del hotel, si habrán paseado

por el pueblo más cercano o si habrán hablado con alguien de fuera del complejo turístico. ¿Se habrán interesado por lo que los rodea?

Los camareros se desviven por ser amables; están pendientes en todo momento de tenernos a todos bien atendidos, no pierden la sonrisa, aunque la mayoría de los turistas no les miran a la cara. Podrían estar en la terraza de cualquier otro hotel del mundo y tendrían exactamente la misma actitud, bebiendo lo mismo, ¡y seguro que son muy felices!

Lo relaciono con las ayudas que se envían a este continente; se mandan muchas, pero sin mirar adónde llegan, quién las recibe, sin ni siquiera comprobar si el material que se envía es realmente necesario. Existe la fijación de enviar algo y tener la conciencia tranquila, poder explicarlo a los amigos, y si puede ser dejar constancia de ello en la prensa.

Cuando a un directivo de una gran empresa se le llena la boca explicando lo generosos que son —«¡nosotros llevamos tantas toneladas de material a África todos los años!»—, ¿sabe cuántos kilos de material llegan a quienes realmente lo necesitan? ¿Hay alguien que se ocupe de ir repartiendo el material de pueblo en pueblo? ¿Por cuántas aduanas, controles y funcionarios pasa cada lote de ayudas que se envía a África? ¿Qué cantidad de ese material se queda en cada uno de ellos? ¿Cuánto cuesta el «peaje» para poder seguir su camino hasta llegar a quien lo necesita? ¿Alguno de estos altos cargos tan importantes se ha preocupado de hacer el seguimiento? Por suerte, hay empresas que sí lo hacen, pero no son mayoría, ni mucho menos.

Me pregunto si a este tipo de gente le preocupa realmente África y su gente, si de verdad quiere ayudar o si todo lo hace por egoísmo, para mejorar la imagen de su empresa.

Y luego están los que, en teoría para ayudar, dan trabajo a la gente del país. Pero ¿cómo? Pues les montan un taller para que fabriquen un artículo que venderán en el Primer Mundo, como pañuelos, joyas, souvenirs..., y una vez montado el taller los tienen allí encerrados, currando un montón de horas, y ellos vuelven a su casa, contentos y satisfechos por la gran labor humanitaria que han llevado a cabo. Pero aunque ahora tengan un sueldo fijo y seguro, nadie les ha tenido en cuenta, no les han pedido su opinión, no les han preguntado si realmente querían trabajar tantas horas seguidas cada día.

El problema es que planteamos las ayudas desde nuestro punto de vista occidental, obsesionados como estamos por trabajar mucho para ganar mucho, para gastar mucho, para tener siempre más. Damos por hecho que ellos lo aceptarán y lo entenderán enseguida, no nos damos cuenta de que no son como nosotros.

Si queremos ayudarles, debemos hacerlo respetando sus costumbres, hábitos y necesidades, si no, no funcionará. Debemos saber que ellos no quieren un trabajo, un sueldo y un horario fijos, entienden el tiempo de otra manera, y se ríen cuando nos ven ir

de un lado a otro nerviosos mirando el reloj. No tienen prisa, no les gusta estar encerrados en ninguna parte, sólo les hace falta tener asegurado lo que es más básico y nada más.

Salimos a dar un paseo por el pueblo más cercano y hay mercado, ¡vaya fiesta! Me recuerda a los mercadillos que hay en los pueblos de Cataluña, de paradas muy juntas sin orden aparente y con todo tipo de productos: artesanía, ropa, utensilios de cocina, antigüedades, música... Un festival de colores y ruido por todas partes, una mezcla única de olores.

No sé adónde mirar. El pasillo, de tierra y embarrado, está lleno de baches y agujeros, así que tengo que estar muy atento para no tropezar con la silla, pero al mismo tiempo no quiero perderme nada de lo que me rodea. Me gusta ver cómo los vendedores y los clientes regatean, es un juego que se debe hacer, aunque ambas partes saben perfectamente cómo y con qué cantidad se cerrará la venta. Resulta muy curioso.

También me gusta mirar cómo con herramientas muy sencillas hacen figuras preciosas de madera o de cualquier otro material que encuentren: latas, piedras, neumáticos..., y no tienen ninguna prisa ni por terminarlas ni por venderlas, pueden estar mostrándote las excelencias de una pieza el tiempo que sea necesario. Porque detrás de cada una de sus creaciones hay una historia, una razón, y la quieren compartir contigo.

Tienen una cultura muy diferente a la nuestra, y debes ir con cuidado para no ofenderlos, debes respetar el regateo, escuchar sus historias, aceptar su hospitalidad; ellos te abren los brazos de todo corazón y se sienten injuriados si los rechazas.

Seguimos nuestro paseo y por fin llegamos a una zona asfaltada donde podré recuperarme un poco, necesito aire. Demasiada gente alrededor y poco espacio para moverme.

Se nos acerca un niño para ofrecernos una especie de comida que no consigo saber qué es. Me sorprende porque nos mira y nos sonríe, pero no presta ninguna atención a la silla; sólo cuando me muevo un poco y se encienden las lucecitas de las ruedas que llevo delante, se fija y se ríe, como todos los demás niños con los que me he topado —en eso sí que todos los niños, sean de donde sean, son iguales.

Volvemos al hotel para descansar un rato en la habitación. No es una habitación adaptada, pero es muy amplia, y con un poco de ganas y recursos podremos resolver todos los contratiempos. Es un espacio muy acogedor, lleno de vida, con piedras y fósiles en el suelo y en la pila del lavabo. Las paredes son gruesas y están pintadas en una gama de colores que va del marrón oscuro de la tierra mojada al amarillo suave de la arena del desierto. Hay luz natural por todas partes, y los colores te invitan a olvidar los problemas y a relajarte.

Es uno de los rasgos más encantadores de África, este clima de tranquilidad y de calma que se respira, sin prisas ni horarios. «Vosotros tenéis los relojes, nosotros el tiempo», dijo un viejo tuareg a un visitante europeo. Más claro, imposible, son las palabras de un sabio que seguro que no ha pisado nunca ninguna universidad.

Visto todo esto, ¿cómo podemos osar inculcarles nuestra cultura y nuestras costumbres? De los africanos —y perdonad que generalice— tenemos que aprender el respeto por los demás, el saber escuchar, la generosidad y la humildad.

En nuestra sociedad hay gente y empresas que se llenan la boca con las aportaciones y ayudas que envían al continente africano y que en cambio son incapaces de ver a la gente necesitada que tenemos en nuestro entorno. Queda mejor decir que ayudas al Tercer Mundo que no que colaboras con el hogar de ancianos del barrio.

Por suerte, no todo el mundo es así.

Pero volvamos a mi habitación. Ahora me doy cuenta de que no se oye nada salvo una música lejana y el agua de la fuente, y pienso que en realidad necesitamos muy poco para sentirnos bien. Me he quitado el reloj, he apagado el móvil y he dejado que este ambiente me rodee. Respiro el aire limpio que entra por la ventana, me dejo calentar por los rayos de sol que se filtran entre las cortinas, escucho la música que me llega y dejo que mi cuerpo se relaje. La tarde ha sido agotadora.

Y eso es lo que hace la gente de aquí: disfrutar del paisaje, amar, respetar y cuidar su tierra, y ser agradecidos con lo que les da para alimentarse. No le piden nada más a la vida. Aquí no hay prisas, ni tráfico, nadie debe llegar a ninguna parte, no hay colas para comer o para comprar...

Si nos comparamos con ellos, puede que al final nos demos cuenta de que los que necesitan que les echen una mano somos nosotros, porque a pesar de tenerlo casi todo, ¡la mayoría no sabemos ser felices! Nos pasamos el día trabajando para tener una casa más grande, un coche más moderno, unas vacaciones bien exóticas..., y nos preocupa tanto lo que no tenemos que no podemos disfrutar de lo que tenemos, y pasamos por la vida mirando hacia adelante con ansia, o incluso con ansiedad, sin echar un vistazo a lo que tenemos al lado.

Los africanos nos podrían dar una buena lección de vida y enseñarnos a valorar las cosas que de verdad son importantes y a reírnos de los problemas que nosotros mismos nos creamos. Porque tenemos que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas, tenemos que saber buscar los momentos de felicidad, por breves que sean, porque si buscamos la felicidad demasiado lejos, será muy difícil que lleguemos a alcanzarla y acabaremos siendo presas de la frustración y el fracaso.

Por la mañana nos despierta la luz del sol. No llevamos reloj, ni prisa; no sabemos qué hora es, el sol nos guía y nos sentimos bien. Nos levantamos e iniciamos nuestra rutina de cada mañana, que es un poco más larga después del accidente, pero que poco a poco, con la práctica, vamos acortando. Después vamos a desayunar. Atravesamos la gran terraza con la piscina al lado; el agua está tranquila e invita a bañarse, quizá más tarde. Entramos en el edificio principal, tan idílico como las habitaciones, con grandes arcadas, el verdor de las plantas para dar sensación de frescor, unas cortinas de hilo que dejan fluir la brisa de la mañana, paredes de piedra trabajada...

En el comedor encontramos al resto del grupo, antiguos compañeros de carrera, periodistas, la mayoría amigos o conocidos del organizador de esta jornada, todos vestidos de Coronel Tapioca y preparados con el equipamiento de supervivencia. Yo visto de forma muy sencilla, y me pregunto quién está fuera de lugar, si ellos, que parece que vayan de safari, o yo, con bermudas y camiseta. Sea como sea, iremos todos juntos de excursión por las dunas, mis queridas montañas de arena...

Vamos en todoterreno hasta el pie de las dunas del Erg Chebbi. Nos detenemos en una especie de albergue mucho más sencillo que nuestro hotel, pero acogedor. Atravesamos una sala de madera hasta llegar a una gran terraza con un montón de bancos de piedra y cojines de colores esparcidos por todas partes, y en unas mesitas pequeñas de madera, el té típico y único de bienvenida, caliente y con unas hojas de menta. Una vez sentados y acomodados, disfrutamos del paisaje que tenemos ante nosotros, todo un mar de dunas infinitas que parecen recién salidas de un cuadro, bajo el cielo más azul y limpio que he visto en mucho tiempo. Se me corta la respiración.

He atravesado estas dunas un millar de veces, por un lado, por el otro, de arriba abajo, las he sufrido cuando me lo han puesto difícil y he disfrutado cuando me han dejado, pero nunca, nunca las había podido admirar como ahora. Con calma, sin prisa y con la perspectiva de la distancia que nos separa.

El resto del grupo se marcha para terminar la excursión en camello; mi situación, de momento, no me lo permite, pero me parece que igualmente no lo habría hecho.

Los vemos alejarse, su silueta rompe la armonía del horizonte, un montón de personas sobre unos camellos, batallando para no caerse, tan preocupados por mantener el equilibrio que no ven lo que tienen enfrente. Un paisaje único. Es como un sacrilegio para esta tierra.

El sol se va desplazando poco a poco y hace que cambie constantemente de color la textura y la forma de las dunas, es todo un espectáculo natural que mis compañeros se están perdiendo.

Y debe de ser eso lo que nos pasa actualmente, que estamos tan preocupados con nuestros problemas inmediatos que no sabemos ver la solución y quizá la tengamos delante. Vivimos unos tiempos en los que no nos podemos dejar arrastrar por el negativismo y esperar a que alguien nos venga a rescatar. Debemos ser responsables de nuestras vidas, y si no nos gusta el camino que seguimos, es necesario que seamos valientes y digamos basta, que lo miremos con perspectiva y valoremos qué es lo que de verdad necesitamos para ser felices y qué no. Quizá si bajamos del camello dejaremos de dar vueltas de un lado a otro, y podremos observar el paisaje y encontrar las soluciones a los problemas que nos ciegan.

Mientras nuestros compañeros disfrazados de Indiana Jones siguen batallando para coronar la duna sin caerse, nos pasa a recoger un amigo, piloto desde hace muchos años y amante como yo de esta tierra, con su todoterreno. Me invita a acompañarle: ya hemos

tenido tiempo suficiente para admirar las dunas, ahora las probaremos. Subo a su lado y nos acercamos.

No es la misma sensación que cuando haces las dunas en moto, porque entonces la relación con la arena es más de tú a tú. En coche, la sensación de seguridad es inmensa, pero la visibilidad se reduce mucho y eso hace que cuando subes una duna sólo veas cielo y no sepas dónde termina ni qué encontrarás después, y cuando llegas arriba del todo y el coche se encara hacia abajo, ¡sólo ves arena y te da la sensación de que vas a estrellarte!

Decididamente, me gusta más ser piloto y controlar la situación que ser el acompañante y dejarme llevar. Tanto en un coche como en la vida. Pero la experiencia vale la pena.

Una vez terminado el recorrido en esta especie de parque de atracciones de las dunas, volvemos al hotel. Ha sido un día increíble, lleno de buenos momentos, de buenas y nuevas experiencias. Estoy contento de haber vuelto, y convencido de que quiero seguir vinculado a esta tierra y al mundo de la competición. Quiero volver a disfrutar de la arena, de las dunas y de la sensación de velocidad. Sé que no lo haré con las motos, porque la lesión me limita, pero también me da la oportunidad de hacerlo en coche. Es como la vida: la crisis también puede ser una oportunidad.

Ya hemos aterrizado en Barcelona. Estamos esperando a que todo el mundo baje del avión porque nosotros seremos los últimos en hacerlo. Pero da igual, será como alargar este sueño de viaje.

Suena el teléfono y me vuelvo loco buscándolo; después de tantos días lo había olvidado. Cuando por fin lo encuentro, descuelgo y después de tres o cuatro frases me cambia la cara: es José Villalva, un amigo del mundo de la competición.

Porque debemos guardar duelo por todo lo que hemos perdido, pero también celebrar todo lo que nos queda

Aún estamos en el avión de vuelta de este primer viaje a Marruecos, pero todavía me parece sentir el olor de África. Sigo plantado en mi asiento, pegado al teléfono y emocionado, escuchando a José Villalva al otro lado de la línea y mirando a Lidia, que me espera con cara expectante. Le digo con gestos una palabra que sé que ella entenderá: ¡DAKAR!

Justo cuando volvemos de este maravilloso viaje, en el que me he reencontrado con mi mundo, con el desierto, las dunas y el motor, antes de tocar tierra y volver a la vida normal, nuestro amigo José me hace un regalo en forma de propuesta para volver a la carrera más mágica de todas:

—Isidre, ¿te gustaría volver a correr el Dakar 2009? Como no podemos subirte a una moto, ¿qué te parecería volver allí en un coche?

—José, ¡si yo no sé conducir!

—Tú eres piloto, ya aprenderás.

No acabo de creérmelo y me asaltan un montón de dudas, pero entonces José me explica la razón de este proyecto.

Poco antes de mi caída en 2007 habíamos estado hablando con un patrocinador para hacer un equipo para el Dakar 2008 en el que yo iba a ser el primer piloto. El proyecto ya estaba bastante avanzado cuando sufrí el accidente y se paró todo.

Pero parece que no se paró del todo. Los promotores de ese equipo no dejaron de trabajar hasta transformar el proyecto de motos en un proyecto de coches, mucho más complicado y caro. Y una vez lo han tenido más o menos atado, me llaman para hacerme la propuesta. Y no podían haber elegido un mejor momento: me pilla volviendo de África, aún hechizado por el continente y, claro, ¡yo acepto el reto encantado!

A veces, no sabes cuándo ni cómo, la suerte pasa por tu lado y tienes que ser lo suficientemente hábil para engancharte a ella. Sé que difícilmente volveré a tener una oportunidad como ésta, y que la tengo que aprovechar. Ni el miedo ni la duda deben pararme.

Soy consciente de que ahora mismo no estoy preparado, que tendré que entrenar muy duro, que tendré que aprender un montón de cosas nuevas, que tendré que cambiar mi mentalidad de piloto (antes era el piloto líder que tenía la obligación de quedarse lo más alto posible en la clasificación, y ahora seré un piloto novato). Pero nada de todo eso me da pereza, no me da miedo trabajar duro, seré humilde y empezaré desde cero. Me dejaré la piel para volver a hacer lo que más me gusta: pilotar por el desierto.

Pocas semanas después, la familia KTM me hace otra propuesta imposible de rechazar. Me invitan a la salida del Dakar 2008, en Lisboa, desde donde yo, un año atrás, hice mi última salida de esta carrera. Así que me vienen un montón de recuerdos,

tanto buenos como malos; no sé cómo reaccionaré cuando me encuentre allí, ni cómo reaccionarán mis compañeros, pero creo que debo estar.

Sin pensarlo mucho, en pocos días estamos allí, con todos los compañeros, compartiendo el hotel como tantos otros años. Desayunamos juntos y hablamos de la carrera, de las etapas que les esperan, de las últimas evoluciones de las motos; repasamos anécdotas de los entrenamientos o de otras ediciones, de los que ya no están y de los nuevos que acaban de empezar, como si nada hubiera cambiado. También me preguntan por la lesión, lo hacen con naturalidad, y no me siento nada a disgusto; les contesto y hablamos como hemos hablado de otras cosas. Allí, sentado a aquella mesa, soy uno más.

Sólo cuando se van, después de desayunar, me doy cuenta de que las cosas han cambiado: no tengo que ir a probar la moto con el mecánico, no tengo que pasar las eternas verificaciones administrativas, no tengo que repasar las etapas con el mánager. No tengo ese cosquilleo en el estómago que te acompaña los días antes de la salida; no me asaltan las dudas ni los nervios. No siento nada de eso y se me hace extraño, lo echo de menos.

Entonces pienso en la propuesta que me han hecho para volver a estar aquí el siguiente año y se me escapa una sonrisa. Hoy no puedo ir a hacer la carrera con ellos, pero trabajaré duro para ir el próximo año. Ahora tengo más ganas que nunca.

Poco después, los pilotos han empezado a volver al hotel antes de tiempo; se pasean con caras largas de preocupación e indignación. Todo son conversaciones en voz baja. Los patrocinadores no paran de hacer llamadas desde los móviles, gesticulando y gritando. Hay tensión por todas partes.

No me atrevo a preguntar nada, pero en ninguna de las carreras que he hecho había respirado nunca este ambiente de hoy. Algo no funciona.

Por fin se acerca alguien y me explica:

—¡Qué fuerte, tío! ¡Anulan el Dakar! ¡Mañana no podremos salir!

—¿Es broma, no? —digo yo—. No puede ser, ¡estamos hablando de la carrera más importante!

Pues no, no es broma: el Gobierno francés, después de estudiar bien la situación, ha presionado a los organizadores para que no se haga la carrera. La prueba más emblemática *off road* del mundo no tendrá lugar por el peligro que supone ahora viajar al continente africano. La sombra del terrorismo es demasiado alargada y no pueden garantizar la seguridad de tanta gente.

Han convocado a un *briefing* a todos los participantes para explicar la situación, y yo me apunto. Llegamos al edificio y la imagen es impactante, hay pilotos por todas partes: unos están desesperados, otros lloran o gritan indignados, o intentan encontrar una alternativa... Cientos de personas se quedarán sin su sueño este año. La mayoría de

ellos han estado ahorrando durante meses para poder pagar esta carrera, para muchos era la única oportunidad de vivir su gran aventura. No se pueden acabar de creer que este evento único se pueda suspender.

Los preparadores, los mecánicos, los ingenieros..., todos perderán la inversión que han hecho. Los patrocinadores retirarán las ayudas o, si ya las han pagado, no tendrán el retorno esperado. Tendrán que anular los viajes y las estancias en los hoteles programados. La organización deberá buscar soluciones o alternativas a toda prisa si quiere evitar que esta carrera desaparezca para siempre.

Pero hay algo aún más grave. Hay un montón de familias y pueblos africanos que se quedarán sin su única fuente de ingresos. Y hay escuelas que no recibirán el material que esperan y hospitales que no tendrán ninguna ayuda.

Y no puedo evitar que me venga a la cabeza la imagen de todos aquellos niños que año tras año nos reciben cerca de los pueblos por donde pasamos, que nos esperan sentados en las piedras. Este año no pasaremos y los dejaremos allí plantados. Me los imagino escudriñando el horizonte para ver el primer vehículo de la carrera, que no llegará. Volverán decepcionados a su casa. Este año les fallaremos y me siento mal. ¿Qué culpa tienen ellos?

Cada año, el Dakar deja mucho dinero, material sanitario y escolar, y equipamientos en África. También emplea a familias enteras que después vivirán todo el año con lo que han ganado durante los días de la carrera. Los patrocinadores aportan ayudas que llegan directamente a quien las necesita. Los participantes compran y consumen productos de allí y conviven durante unos días con la gente del país. En definitiva, se crea un intercambio enriquecedor y único para ambas partes que este año se perderá.

Me pregunto si alguien irá mañana pueblo por pueblo a explicarles que, por culpa de sus vecinos, de su propia gente, este año no podremos visitarlos. No se lo merecen, no es justo que una minoría radical y fanática haga tanto daño a una mayoría que por naturaleza es tan generosa y abierta. No, no lo es.

¿Cómo hemos podido, la raza humana, llegar a estos extremos de violencia? ¿En qué nos estamos convirtiendo? En este caso son los islamistas fanáticos; en otro, es la extrema derecha; en otro, el comunismo opresor... Se está perdiendo el diálogo, la cordura, la tolerancia. Y todos estos grupos son cada vez más agresivos defendiendo sus ideas. ¿De dónde sale tanto odio hacia los que no son o no piensan como ellos?

Si lo que nos hace especiales es precisamente la diversidad, si los pensamientos y las ideas de los demás nos enriquecen, debemos cuidar nuestra cultura y mostrarla con orgullo, pero no defenderla como si fuera la guerra y las otras culturas fueran el enemigo y nos contaminaran.

Cuando tienes la suerte de viajar y convivir con gente de otros países, te das cuenta de que no somos tan diferentes unos de otros y que tienes la mente abierta y eres capaz de entender estas pequeñas diferencias, de aceptarlas; te conviertes en mejor persona a todos los niveles, intelectual y humanamente.

Durante el *briefing* con los participantes, la organización explica las razones de esta decisión tan grave y promete buscar soluciones de inmediato. Soluciones que todos sospechan que pasan por abandonar el continente mágico, buscar alternativas en otras tierras.

Estamos todos conmocionados, en estado de *shock*, incrédulos ante lo que pasa. Es como si en el mundo del cine se suspendieran los Oscar.

Y mis pensamientos vuelven a África y me angustia pensar que no volveremos, y que un montón de gente se quedará desatendida y arruinada. Nosotros, si todo va bien, encontraremos otro lugar donde hacer la carrera, pero ellos se quedarán más olvidados que nunca, porque ellos sí que no tienen alternativas.

En el aspecto deportivo, los grandes equipos, los patrocinadores y la organización ya están trabajando y proponiendo territorios, recorridos y zonas por donde podría pasar la carrera. Se habla de China, del centro de Europa, de Sudáfrica... Y no ha pasado ni un mes y ya tienen la solución al problema del Dakar: América del Sur.

Una vez en casa, empezamos a preparar la temporada deportiva, miramos el calendario de carreras, calculamos dónde podremos debutar. Hay que preparar el vehículo, las adaptaciones, buscar el copiloto, planificar la preparación física y buscar los recursos para redondear el presupuesto, las presentaciones, las ruedas de prensa... Una cantidad de trabajo que cuando eres un piloto oficial no debes hacer, o no del todo.

Una de las cuestiones que mejor hemos resuelto es la del copiloto. El elegido es Eric Augé, mi mecánico de siempre y mi compañero inseparable en los últimos años. Sé que lo más conveniente habría sido elegir un copiloto experimentado y bien entrenado, pero pienso que en mi situación lo más importante es tener a una persona de mucha confianza al lado, alguien que conozca perfectamente mi estado y sobre todo que sea buena gente. En una carrera, el piloto y el copiloto pasan muchas horas juntos, hay muchas situaciones de tensión, pinchazos de ruedas, vuelcos, averías, o te puedes perder por un error de navegación, por eso es muy importante la complicidad y la confianza mutua.

Aprenderemos ambos a la vez, yo a conducir y él a navegar. ¡Volveremos a viajar juntos y a compartir las carreras como hacíamos antes!

El resto de factores no los solucionamos tan deprisa, pero poco a poco lo vamos cerrando todo.

Y por fin llega el día de la presentación de mi vuelta a las carreras. Hemos convocado a todos en un hotel de Madrid, porque los promotores son de allí. Todo es muy solemne: nos reunimos con los patrocinadores y los preparadores antes de empezar, tomamos un café todos juntos y acabamos de cerrar algunos detalles. Tengo que reconocer que estoy más cómodo en medio de una carrera en pleno desierto que entre corbatas y trajes, pero lo consigo.

Entro en la sala y me pongo detrás de la mesa con los micrófonos. Miro al frente: ¡qué expectación! Hay un montón de personas esperando; estoy un poco nervioso, pero me gusta, me encuentro bien. En las caras de los asistentes, los compañeros, los

periodistas y los patrocinadores, veo el cariño de los amigos que se alegran de volver a verme allí, en mi lugar. Muchos de ellos han compartido conmigo un montón de carreras, me han visto ganar etapas, perder, triunfar y desesperarme; hemos compartido muchas noches en las jaimas, conversaciones en el desierto y cenas sentados sobre alfombras en la arena. Otros han estado conmigo buscando patrocinio o bien ofreciéndomelo, echándome una mano con el material, con los contactos, etc. Y ahora me doy cuenta de que les he echado de menos a todos.

A diferencia de otras modalidades, en el Dakar de África conviven pilotos líderes y mediáticos con otros «privados», no profesionales, prensa, mecánicos, médicos o fisioterapeutas... Y todo el mundo come, duerme y trabaja en el mismo espacio una vez termina la etapa, cuando estamos dentro del campamento. Esta situación, imposible en cualquier otro deporte, hace que se creen unos vínculos muy especiales entre unos y otros, independientemente de su trabajo o su estatus. Las amistades que haces en esta carrera son para siempre.

Y ahora, después de todo este tiempo y de todo lo que ha pasado, vuelven a estar a mi lado, dándome apoyo y animándome. Desde la mesa los miro y pienso: «¡Espero no decepcionarlos! ¿Y si finalmente no se me da bien eso de pilotar coches? ¿Y si esperan que gane?» Pero parece que a ellos no les preocupa demasiado todo esto; la noticia es que vuelvo a estar aquí, que vuelvo a formar parte del mundo de las carreras.

Y así comienza esta nueva aventura, con incertidumbre, pero con toda la ilusión.

Vuelven los entrenamientos físicos fuertes, los calendarios, los viajes... La preparación física, a pesar de ser dura, se hace mucho más agradable cuando tu objetivo es la competición. En cada pedaleo en la bici de manos, cada vez que hago una repetición de un ejercicio, me veo dentro del coche, pulsando el acelerador, tomando una curva, adelantando a un contrario. El esfuerzo es menos esfuerzo cuando la recompensa es tan grande.

Para mí es muy importante marcarme unos objetivos para seguir adelante, buscar una motivación. Al principio el objetivo era mi autonomía, y ahora que ya la tengo, lo es la competición.

Elegimos la Baja Aragón para mi debut, la carrera donde debuté como piloto de motos, la carrera que he ganado seis veces, la que más me ha hecho disfrutar después del Dakar.

Es una carrera muy especial para los pilotos *off road*. Las tierras por donde pasa pueden ser tan hostiles como el propio desierto: polvo, agujeros escondidos, calor y recorridos interminables, pero una vez conoces las trampas que esconde, aprendes a leer el terreno y lo respetas, se transforma en la carrera más excitante del campeonato.

Sí, ésta es mi carrera.

Estoy un poco nervioso antes de la salida, pero no son los mismos nervios que cuando hacía la carrera en moto. Cuando la hacía en moto, los nervios se mezclaban con la presión, el objetivo era ganar y necesitaba mucha concentración, mucho control.

Ahora es diferente, el objetivo es acabar la carrera; no conozco mucho el coche, así que tendré que ir familiarizándome con él sobre la marcha, mientras vamos haciendo kilómetros juntos. No debo preparar el libro de ruta; de eso se encarga Eric. Y ahora ni siquiera tenemos que pegarnos el gran madrugón, porque los coches salen más tarde que las motos. Las condiciones han cambiado, el lugar es el mismo.

Aun así, nos levantamos temprano, Lidia me ayuda a ponerme la ropa de la carrera, los pantalones, la camiseta y los calcetines ignífugos bajo el mono, que cuesta un poco ponerse. Nos lleva un rato hasta que lo conseguimos, y con las botas calzadas, vamos a desayunar y luego hacia el parque cerrado.

Una vez en la entrada del parque, esperamos nuestra hora de entrada, repasamos con Eric todo el material: bajo casco, *hans* o dispositivo de protección cervical, casco, bidones de agua, guantes... Por fin nos dejan pasar. Necesito más tiempo que los demás pilotos para subir al coche de competición; es un todoterreno bastante alto y las barras protectoras no facilitan mucho el acceso, necesitamos ayuda extra. Una vez dentro, me voy poniendo las piezas que faltan mientras Eric hace lo mismo.

Ya estamos ambos instalados y preparados. Me agarro al volante y por mí ya saldría, pero ahora debemos esperar. Nunca me ha gustado ese momento; se hace interminable, me parece que siento cada segundo que pasa, noto cómo el corazón se me acelera y todo el cuerpo se pone en tensión, en alerta. Estoy a punto, y parece que el comisario se recree y haga que el tiempo transcurra más despacio, pero no es así. Los segundos pasan.

Por fin el reloj se pone a cero y me dan la salida. Pulso el acelerador y me olvido de todo. No hay ninguna lesión, no hay limitaciones excepto las del coche. Como los otros compañeros, aquí dentro me siento seguro, conozco el terreno y confío en mis capacidades.

Estoy preparado. Vuelvo a ser piloto.

Porque lo importante no es ser el primero, sino estar

Además de la Baja Aragón, participamos en dos carreras más del campeonato, una en septiembre, en Burgos, Tierras del Cid, y la otra en octubre, la de Montes de Cuenca. No es mucho entrenamiento, pero al menos he podido familiarizarme con el coche. El primer día que lo probamos tenía al lado al mecánico que lo había preparado. Hicimos un recorrido cerca de su casa que él conocía muy bien. Yo iba con mucho cuidado, y cuando ya llevábamos un buen rato, me dice:

—¿Qué, chico? ¿Va a durar mucho el paseo o empezamos a correr?

Le miro y le pregunto:

—¿Puedo ir deprisa?

—¡Claro! ¡Es un coche de competición!

Entonces pulso fuerte el acelerador, pero en medio del camino veo un bache enorme y freno de golpe.

—¿Qué haces!

—¿No lo ves? ¡Hay un bache!

—Isidre, vas en coche. No es como la moto, ¡dale gas!

Desde aquel día no he parado de aprender, coger las curvas, derrapar, anticiparme a las reacciones del coche, he aprendido a escuchar y a confiar en las indicaciones de mi copiloto.

Y ahora estamos de nuevo en un avión, con destino a Argentina, hacia el primer Dakar en América del Sur. Todavía se me hace un nudo en el estómago cuando pienso en África.

El viaje se me hace muy largo. Miro la avioneta que sale en las pantallas de televisión que cuelgan del techo; una vez llegamos al océano, parece que no avance, no se mueve de lugar. De vez en cuando me vienen a ver los compañeros del equipo. Las azafatas van sirviendo cosas para picar. Ya le he dado diez vueltas a la revista de la compañía aérea. Y vuelvo a mirar la avioneta y sigue allí, unos pocos milímetros más adelante. Y van pasando las horas...

La expectación por lo que nos vamos a encontrar es muy grande. Aunque ya he hecho alguna carrera en estas tierras antes, en moto, desconocemos buena parte del recorrido. Tendremos que cruzar los Andes y no sabemos cómo reaccionan los vehículos en altura. Hay etapas de dunas, pero no sabemos cómo serán, qué textura tiene la arena, qué dimensiones. Hemos visto que hay tramos muy rápidos, pero ¿habrá espacio para hacer adelantamientos? ¿La navegación será tan importante como antes? Hay muchas incógnitas en el aire; todo el mundo tiene ganas de llegar para empezar a tener respuestas.

Por fin llegamos a tierras argentinas; recogemos todo el equipaje y nos dirigimos al hotel. Cada equipo está en un lugar distinto, todos repartidos por los diferentes barrios de Buenos Aires.

Una vez instalados, hay que organizarse; los mecánicos deben ir a recoger el coche que hace un mes salió en barco hacia estas tierras. Tendrán que revisarlo y prepararlo para pasar las verificaciones técnicas.

Los demás debemos poner en orden toda la documentación y el material obligatorio para pasar las verificaciones administrativas. Es el otro Dakar, y también es una carrera. Vas pasando por distintos mostradores, como si fueran las etapas, y en cada uno de ellos encuentras diferentes exigencias, trabas o paradas técnicas. Hay que pasar un montón de trámites burocráticos que te ocupan toda una mañana.

La parte positiva es que pasas allí tanto rato que tienes tiempo de reencontrarte con todos: los periodistas, los compañeros de equipo, los antiguos mecánicos... Todo el mundo debe pasar por ahí, y me hace mucha ilusión ir encontrándomelos. Con muchos de ellos sólo intercambiamos unas palabras, pero no hacen falta más. No veo que nadie me trate de forma distinta, no tengo ningún trato de favor, ni tampoco me siento especial o diferente. Olvido que voy en silla de ruedas.

Acabamos las verificaciones administrativas y vamos directamente a las técnicas, mucho más fluidas. Una vez que los comisarios nos confirman que todo está en regla, llevamos el coche al parque cerrado, donde nadie podrá entrar hasta la salida de la carrera.

Una vez terminados todos los trámites, llega el momento de la espera. Entonces el tiempo vuelve a transcurrir más despacio, se hace largo. Te llaman los periodistas, todos con las mismas preguntas; los patrocinadores organizan cenas o comidas con sus clientes: los amigos te envían mensajes para darte ánimos, todos con las mejores intenciones. Pero lo que queremos nosotros es empezar ya la carrera, poder concentrarnos, por fin, en lo que hemos trabajado tanto, no pensar en nada más.

Cuarenta y ocho horas después de las verificaciones, llega el día. Aún no es el momento de la verdadera salida; es el trámite de podio, pero al menos podré subir al coche. Seguimos el mismo protocolo de siempre: una vez nos dan permiso, entramos en el parque cerrado y subimos al vehículo, y cuando ya estamos dentro, nos colocamos todo el material y nos dirigimos a la cola de coches que esperan su hora de salida.

Del parque cerrado al podio hay muy pocos kilómetros, pero discurren por el centro de Buenos Aires y parece que toda la ciudad ha salido para despedir la carrera y han colapsado las calles. Por fin salimos hacia el podio, y el ambiente asusta; al principio son bromas graciosas, pero poco a poco se van haciendo pesadas: la gente se sube encima del coche, intentan abrir los vehículos, nos sacuden y no nos dejan avanzar. Da miedo, y lo que era tan sólo un trámite, se ha convertido en una odisea.

Una vez pasado este «túnel del terror», por fin subimos al podio. Respiro profundamente, aliviado por alejarme de la gente, y emocionado porque vuelvo a estar ahí arriba, vuelvo a estar en la salida, listo para empezar mi undécimo Dakar.

PRIMERAS ETAPAS

Estamos dentro del coche con Eric, los dos solos, mirando la cuenta atrás del reloj que nos debe marcar la salida de verdad. Agarro el volante con fuerza, compruebo por enésima vez los anillos de aceleración y de freno, los cinturones (bien atados), las piernas (bien sujetas), compruebo que funcione el *peltor* —unos micrófonos acoplados a los cascos del piloto y del copiloto para facilitar la comunicación entre ellos— y tomo un poco de agua para asegurarme de que funciona el mecanismo. Todo está a punto.

Siento cómo me late el corazón: pienso que lo hace tan fuerte que incluso Eric debe de oírlo. Le miro y veo que está igual que yo, repasando una y otra vez las notas del libro de ruta. Le hago una broma para que se relaje un poco. Estamos preparados. Falta un minuto...

El reloj llega a cero y doy gas. Imagino que es la misma sensación que tiene un pájaro cuando le abren la jaula y puede volver a volar después de estar un tiempo encerrado. Así me siento yo: liberado, imparable.

Hacemos unos cuantos kilómetros y el coche se para. Después de un rato de espera, podemos continuar, pero vuelve a fallar, y no sabemos qué le pasa. Nuestros mecánicos no pueden venir a ayudarnos, porque una vez que el coche entra en el tramo especial, nadie que no esté dentro de la carrera nos puede ayudar. Tampoco tenemos ningún vehículo de asistencia rápida —unos camiones que hacen el mismo recorrido de la carrera y que puedes alquilar para que te traigan material de repuesto por si hay una urgencia dentro de la pista—; normalmente sólo los tienen los equipos oficiales.

Así que llegamos al final de la especial como podemos; cada varios minutos debemos parar y dejar que se enfríe el motor. Y después volvemos a ponerlo en marcha y avanzamos un poco más. Por suerte, la de hoy no es una etapa larga.

Llegamos al campamento y los mecánicos se ponen a trabajar rápidamente. Nosotros vamos al hotel para descansar.

Una de las grandes diferencias con el Dakar en África es que los campamentos están al lado o muy cerca de las poblaciones. Y eso, que debería traducirse en comodidad, en realidad es un problema, porque por el campamento se pasea todo el mundo; aquello parece las Ramblas, y los visitantes meten la nariz en todas partes y es muy incómodo tanto para los mecánicos, que están trabajando, como para los pilotos más mediáticos. Además, los desplazamientos por el campamento también son más complicados por culpa de la aglomeración, y tienes que hacer largas colas tanto para

entrar como para salir. La consecuencia de todo ello es que muchos de los participantes prefieren irse a descansar a los hoteles, aunque esto les impida convivir con los demás compañeros del campamento.

Nuestros mecánicos han trabajado duro en el coche y podemos tomar la salida en la segunda etapa tras solventar los problemas eléctricos.

El enlace hasta la especial de hoy es bastante largo, así que nos lo tomamos con calma. Pero pocos kilómetros después, el coche vuelve a avisar de una avería. Como aún no estamos en la salida del tramo especial, llamamos a los mecánicos para que nos vengán a ayudar. No nos podemos entretener demasiado, pero tenemos tiempo para que lleguen. Y parece que lo pueden arreglar y llegamos por los pelos a la salida; por poco nos quedamos fuera. El comisario que marca las salidas ya estaba recogiendo, pero nos deja pasar y salimos los últimos, detrás de todos.

Empezamos a recuperar posiciones, el coche responde y poco a poco vamos adelantando a otros compañeros. Eric me va dando indicaciones y yo las sigo: vamos cogiendo confianza, ¡nos empezamos a divertir!

De repente, el coche se vuelve a parar. No puedo creerlo. Aún queda mucho camino. Esperamos un rato a que se enfríe y lo miramos por todas partes, a ver si sabemos encontrar la avería. Tratamos de ponerlo en marcha y el coche responde. Volvemos a remontar posiciones y el coche se vuelve a parar. Y así hasta el final de etapa. Otra vez últimos. Pero tenemos suerte: hay unos cuantos que hoy ya se han retirado, pero nosotros todavía estamos en la carrera.

Repetimos el mismo ritual del día anterior. Los mecánicos se quedan trabajando y nosotros vamos a descansar, pero con una diferencia: ayer llegamos de día al campamento, y hoy son las cuatro de la madrugada.

Llegamos al hotel con pocas ganas de comer nada. Nos duchamos, y mientras Eric hace el libro de ruta, Lidia me repasa la piel, que no tiene buena pinta, y me da un masaje para activar la circulación. Me da unas friegas con Corpitol y dejamos que la zona descance las pocas horas que tenemos para dormir. Cuando termina el masaje ya estoy dormido.

Empezamos la tercera etapa, cansados, pero con ganas de hacerlo bien. Los mecánicos han estado trabajando toda la noche y por la mañana el coche funciona.

Pero la historia se vuelve a repetir, en la tercera etapa, en la cuarta, en la quinta... Cada día salimos los últimos, y mientras el coche responde, adelantamos a otros vehículos. Pero el polvo que levantan los vehículos al pasar hace que el camino sea un infierno; no se ve nada ni delante ni detrás, y de repente aparece un camión a toda velocidad: si no te apartas te pasa por encima, y él ni te ve.

El recorrido, una vez han pasado unos cuantos camiones, queda completamente destruido, impracticable debido a las enormes roderas y a los agujeros que dejan estos gigantes al pasar. Estamos en medio del *fesh fesh*, un terreno muy blando, donde es muy fácil quedarse atascado en el polvo de arena. Una vez en *fesh fesh*, sólo se puede

conducir a baja velocidad y con sobremarcha, y esto suele causar el aumento de temperatura en el agua y el aceite de los motores. Sudor frío, no veo nada, cojo el volante con tanta fuerza que me tiemblan los brazos, fuerzo la vista todo lo que puedo para ver algo delante de mí, con el cuerpo tenso, no me doy cuenta de que ni siquiera respiro. Buscamos una salida, desesperados; hay motos, *quads* y coches por todas partes, todo el mundo busca algún punto de fuga.

Nuestro coche está fundido y nosotros más. Se ha roto la dirección asistida al salir de una duna. Eric ha tenido que salir a desenterrar las ruedas de la arena varias veces y no puede más. A mí, los brazos ya no me responden. Unos kilómetros más y rompemos el cambio; las marchas empiezan a escaparse y ya no sabemos qué hacer ni qué camino seguir. Se nos acaban las ideas y las fuerzas. Nos vemos fuera de la carrera.

De repente, ante nosotros, aparece un coche de la organización que nos hace señales. Es un CP («control de paso»). Nos acercamos y nos informa que la especial acaba allí mismo, que hay demasiada gente atrapada y que el recorrido que queda aún está peor. Detrás de nosotros todavía vienen más camiones que también se quedan atrapados. Hemos salido a las diez de la mañana; ahora son las ocho de la tarde y sólo hemos hecho ciento setenta y cinco kilómetros de este infierno de dunas.

Nos ha tocado la lotería. El resto de etapa se hará neutralizada por carretera.

Pero el día no termina ahí; faltan cerca de seiscientos cincuenta kilómetros de enlace hasta entrar en el campamento. Llamamos a nuestra asistencia: nos esperarán en la gasolinera más cercana, y de allí hasta el final nos seguirán por si pasa algo. El viaje se hace eterno. Llegamos nuevamente de madrugada y, una vez más, los mecánicos no dormirán. Pero seguimos en la carrera un día más.

Durante la noche, el equipo de mecánicos ha podido detectar la avería. Es un error en la electrónica. El coche estuvo tantos días dentro del barco, cerrado y con humedad, que se dañó una pequeña pieza, que hace que no dé suficiente presión al turbo y el coche entra en «emergencia de motor». Necesitaremos un recambio, pero mientras llega, nos han hecho un apaño.

Por la mañana, cuando llegamos al campamento, encontramos a uno de los mecánicos con el cambio en las manos... ¡Todavía lo están arreglando! Vamos muy justos de tiempo. Para avanzar un poco de trabajo, voy subiendo al coche, preparamos el agua, las barritas y el picnic que nos da la organización.

Repasamos todo el material y el libro de ruta. De vez en cuando miramos de reojo bajo el coche: los mecánicos siguen trabajando, quedan sólo unos minutos para poder salir dentro del tiempo reglamentario. No sé adónde mirar, no les quiero poner más nerviosos. Eric me va diciendo el tiempo que nos queda y para distraernos hablamos de la etapa y volvemos a repasar el libro de ruta.

Falta un minuto y los mecánicos siguen debajo del coche. La tensión no nos deja seguir hablando. Vemos que el resto de participantes van saliendo, y nosotros seguimos allí parados. Tenemos treinta segundos, veinte...

Los mecánicos salen in extremis de debajo del coche. Cerramos puertas, capós, ventanillas y salimos corriendo hacia la salida. Uno de los mecánicos coge un atajo para llegar a la salida, por si hay que negociar con el comisario, pero no será necesario: nos ven llegar y nos dan paso. ¡Un día más hacemos la salida!

El coche funciona mucho mejor y los primeros kilómetros de la etapa los hacemos con relativa facilidad. Hasta que llega el desierto. Como vamos con el grupo de los últimos, y por el mismo camino ya han pasado todas las motos, la mayor parte de los coches y muchos de los camiones, cuando llegamos nosotros la pista está imposible, destrozada y llena de roderas y agujeros que el *fesh fesh* esconde. Será otra etapa larga.

A medida que vamos cogiendo altura, el coche va más lento, yo no noto el cambio de presión, pero oímos cómo las bolsas de patatas del picnic empiezan a explotar... Hasta que no hemos detectado de dónde venían las explosiones no hemos podido respirar. ¡Vaya susto!

Llegamos finalmente a un pueblecito en medio de los Andes, Uspallata, donde encontramos nuestra asistencia —los tres mecánicos y Lidia—. Veo que la gente que pasa mira nuestras ruedas, y se avisan unos a otros para venir a verlas. Cuando llega uno de los mecánicos del equipo se lleva las manos a la cabeza, horrorizado: ¡los neumáticos están llenos de grietas gruesas como dedos! Todo el mundo saca fotos.

Después de todo lo que hemos pasado, a mí no me parece tan grave.

Retomamos el camino hacia el campamento; aún tenemos que cruzar hacia Chile y llegar hasta Valparaíso. Faltan cerca de cuatrocientos kilómetros y ya son las nueve de la noche. Hoy también llegamos de madrugada.

Suerte que mañana es día de descanso.

A pesar de que no hay carrera, nos despertamos muy temprano con las llamadas de los periodistas, que quieren saber qué nos pasa, cómo nos va, si estamos en la carrera o no. Hemos dormido muy poco, pero debemos atenderlos. Los mecánicos salen hacia el campamento para trabajar en el coche. Nosotros nos quedamos en el hotel. Hoy tendré que estar todo el día tumbado, a ver si podemos recuperar la piel tan dañada de la zona de los isquiones. Lidia sale a recorrer las farmacias de la zona en busca de material para tratar la piel. Y yo estoy en la habitación, tumbado, y una vez he hablado con los medios de comunicación, repaso los últimos acontecimientos.

Me gustaría poder ir al campamento y encontrarme con el resto de los participantes, pero si quedarme aquí descansando me permite poder continuar la carrera, valdrá la pena.

Lidia vuelve decepcionada porque no ha conseguido mucha ayuda de los farmacéuticos de Valparaíso, pero trae el material necesario gracias al doctor Terricabres, médico de la organización que no ha dudado en echarnos una mano.

Cuando la veo entrar en la habitación con el doctor Xavier Mir —que está en el Dakar desde su fundación— me llevo una sorpresa. Xavi viene a echarme una ojeada, da unas indicaciones a Lidia y ella se queda más tranquila.

También vienen a verme los mecánicos, para explicarme los avances con el coche, y con Eric repasamos la etapa de mañana. La habitación se transforma en un centro de operaciones, entradas y salidas de gente, papeles, llamadas..., pero el ambiente es mucho más relajado que estos últimos días. Paso el resto del día tumbado. Tengo que recuperar al máximo la zona castigada.

SEGUNDA PARTE DE LA CARRERA

Tras la jornada de descanso, salimos con la ilusión y el convencimiento de que nuestra suerte cambiará. Las dos primeras etapas de esta segunda parte de la carrera son de pistas bastante rápidas. Estos terrenos te permiten disfrutar de cada tramo, de cada curva, de cada río que cruzas... Después de tantos días de sufrimiento, el coche funciona y por fin vuelvo a sentir que lo controlo, que soy yo quien lo pilota.

Hemos conseguido el mejor resultado de toda la carrera. ¡En algunos momentos hemos sido rápidos! En el control de paso número tres íbamos clasificados en decimoséptima posición, y finalmente la arena de los últimos kilómetros nos ha llevado hasta el vigésimo quinto lugar al final de la etapa. ¡Todo un éxito para unos debutantes como nosotros!

Llegamos al campamento de asistencia de día, después de más de una semana sin verlo. Nos reencontramos con el resto de la gente que no veíamos desde Buenos Aires —camioneros, periodistas, mecánicos de otros equipos—. Todos vienen a saludarnos, a animarnos o a felicitarnos por la etapa. ¡Es una gran fiesta! En cuanto podemos, nos vamos al hotel a recuperarnos y a preparar la etapa del día siguiente.

A la mañana siguiente nos preparamos para volver, ahora mucho más motivados, pero sabemos que será una etapa muy dura. Nos han hablado mucho de las dunas de Copiapó, en la región chilena de Atacama. Hoy hacemos una de las etapas más largas, de las que me gustaba hacer en moto, porque siempre he sido un *piloto diésel* y podía mantener un buen ritmo de carrera durante mucho tiempo.

Todavía no hemos podido terminar de calentar cuando ya tenemos delante las grandes montañas de dunas, las más altas que he visto nunca. Son majestuosas y nos desafían, nos recuerdan que somos pequeños y vulnerables.

Los otros pilotos, como nosotros, estudian las dunas y buscan la mejor manera de conquistarlas; sólo los coches oficiales líderes las dominan y las coronan con mayor o menor facilidad. Los otros, los más modestos, tenemos que intentarlo una y otra vez. Eric baja del coche y camina buscando el mejor trazado, el que esconda menos trampas, y muy despacio me va guiando. Al coche le exijo el máximo; él se queja pero obedece, y con mucho cuidado, paciencia y respeto por la naturaleza vamos coronando una duna tras otra.

Nos las apañamos y hacemos otra de nuestras mejores etapas. ¡Remontamos unos cuantos puestos en la clasificación y volvemos a llegar pronto al campamento!

La etapa siguiente vuelve a ser en Atacama, el desierto que unos meses más tarde se hará tan famoso porque unos pobres mineros se quedarán atrapados en sus entrañas. Qué pena que una tierra tan excepcional sólo sea conocida por una desgracia.

Pero esta vez no nos dejan tomar la salida; la etapa queda neutralizada y el desplazamiento hacia el próximo campamento se hará por carretera. Todavía hay vehículos atrapados dentro de las dunas gigantes de la etapa anterior, y como la de hoy es etapa maratón, al final de la misma no habrá asistencias, y deciden dar la oportunidad de reagruparse a los que aún no han llegado. Aunque lo entendemos, a la mayoría de los pilotos no nos gusta esta decisión, porque rompe el ritmo de la carrera, ¡con lo que nos ha costado a nosotros cogerlo!

Volvemos a atravesar los Andes y nos dirigimos a Fiambalá, de nuevo en Argentina. Nuestras asistencias se lo toman con más calma; hoy es su día de descanso y hasta mañana no les daremos trabajo. Una vez llegados a nuestro destino, como no hay mecánicos con quien trabajar, todos los pilotos nos reunimos bajo las carpas para comer y por fin puedo compartir un rato con mis compañeros. Intercambiamos anécdotas y repasamos las etapas pasadas; unos más que otros, pero todos tenemos cosas que contar.

El territorio donde estamos ahora me recuerda mucho a Mauritania. Es un lugar perdido en medio de la nada, árido y hostil, que hace aún más reconfortante la compañía de los otros participantes.

La próxima es una etapa muy parecida a las africanas. Por la mañana, cuando nos levantamos, incluso hay tormenta de arena, esa que te impide respirar, que notas cómo los pequeños granitos se te meten por todas partes, que te cuesta abrir los ojos o hablar, que todo lo que tienes a tu alrededor desaparece entre la niebla de arena que te rodea. Es asfixiante. Vamos tan rápido como podemos hasta el coche para refugiarnos en él. Una vez dentro, respiramos aliviados. Un día más, volvemos a tomar la salida.

Al cabo de pocos kilómetros nos damos cuenta de que estas dunas son traidoras: bajo una delgada capa de arena se esconde una tierra blanda que se hunde bajo las ruedas de los vehículos. Eric debe salir una y otra vez para desenterrar el coche de la arena. En las subidas no conseguimos ningún tipo de tracción en el suelo y nos hundimos cada vez más. En las bajadas, el coche marcha como si lo que pisamos fuera agua en lugar de arena. Una vez más, hay coches atrapados por todas partes; nos miramos unos a otros con desesperación. Cuando por fin coronas una duna, lo haces con el miedo de no saber qué te vas a encontrar después. Avanzar se convierte en una odisea. El *fesh fesh* de unos y otros, y la arena fina y blanda que no se acaba nunca hacen que sea imposible cualquier intento de avanzar: estamos atrapados.

En medio de todo aquel montón de vehículos, aparece un helicóptero de la organización. De él, muy pulcro y aseado, baja el director de la carrera, Etienne Lavigne, que da la cara para decirnos que la etapa se les ha ido de las manos, que los coches y los camiones que van delante también se están quedando atrapados y que el recorrido es

imposible. Así, la etapa se da por finalizada pocos metros más adelante, donde hay un control de paso desde donde podremos tomar una carretera hasta el campamento. ¡Una vez más, vemos el cielo abierto!

Las últimas etapas son mucho más agradecidas y divertidas de recorrer. Después de habernos maltratado a conciencia, las tierras argentinas nos ofrecen paisajes increíbles. Quedamos menos de la mitad de los vehículos que tomamos la salida; muchos compañeros se han quedado por el camino, pero nosotros, como unos supervivientes, hemos aguantado a pesar de las adversidades.

Llega la última etapa cronometrada; tenemos la pancarta de llegada muy cerca. Como no nos jugamos nada en la clasificación, vamos un poco más despacio, conduciendo con prudencia. Cuando estás tan cerca de alcanzar tu objetivo quieres asegurarte de que nada falle en el último momento. Ya casi vemos el final.

Sin querer, me emociono, las lágrimas me invaden. ¡Es una sensación increíble! No puedo describir con palabras lo que siento. Es un momento maravilloso e irrepetible.

Han sido trece días de sufrimiento, de lucha constante, con situaciones en las que hemos puesto al límite nuestras capacidades. Hemos sufrido el calor del desierto, el frío de los Andes, y también sed y sueño. Y todo lo hemos hecho para conseguir el mejor premio, demostrarnos que lo hemos podido hacer, que nos propusimos este sueño y ahora es una realidad. Y la estoy viviendo.

Ahora sí, ya lo tenemos aquí, el podio de llegada. Lo subo sabiendo que son los últimos metros que haremos, que es el último escollo. Cuando ya estamos arriba, entre todos me suben al capó, con Eric a mi lado —como en toda la carrera— y el resto del equipo a mi alrededor, atentos y preparados como siempre para lo que haga falta. Esta imagen me quedará grabada para siempre.

Ahora toca disfrutar de este momento, porque nos lo hemos ganado.

En muchos momentos he querido tirar la toalla, decir basta, volver a la comodidad del hotel y esconderme tras la discapacidad. Ahora estoy orgulloso de haber superado estos momentos de debilidad, de no haberme rendido, que era lo más fácil. Porque no enfrentarte a las adversidades te hace más débil, más frágil.

Cada uno de los escollos que he tenido que superar durante esta carrera me ha hecho más fuerte, me ha dado más confianza para poder afrontar el siguiente, para ser imparable.

Porque estamos rodeados de personas que nos quieren y nos ayudan

Enero de 2009. Nada más aterrizar del viaje de vuelta de Argentina, una vez terminado el Dakar, nos dirigimos al hospital Vall d'Hebron, donde nos espera Empar Cuixart, a quien hemos ido explicando las evoluciones de mi piel durante toda la carrera. Empar es la jefa del servicio de rehabilitación de la Unidad de Lesionados Medulares. Nos ha apoyado desde el principio y siempre hemos podido contar con ella, hagamos lo que hagamos.

Nos hacen pasar a una de las salas, donde me tumbo y me examinan la zona de los isquiones, donde apoyamos todo el peso del cuerpo cuando permanecemos sentados, la que he ido castigando durante la carrera. A primera vista no se puede decir de qué profundidad y de qué grado son las úlceras; habrá que ir haciendo curas periódicamente hasta conseguir dejar bien limpia toda la zona, y entonces sabremos el alcance de las heridas.

Con buen criterio, los médicos nos recomiendan hacer las curas en casa, para nuestra comodidad y para reducir el riesgo de infecciones. Así que enseñan a Lidia cómo y le dan todo el material que necesitará. Tendremos que hacer el tratamiento cada ocho horas, todos los días. Nos vamos, aliviados por haber evitado el ingreso, pero con la incertidumbre del alcance real de las heridas.

Una vez en casa, mi vida consistirá en ir de la cama al sofá y del sofá a la cama. Tendré que estar tumbado todo el tiempo e intentar hacer el máximo de reposo para no agravar las úlceras.

Lidia empieza a hacerme los tratamientos tres veces al día. Primero limpia bien toda la zona; una vez limpia, aplica la cura y cubre las heridas, que deben quedar bien cerradas para evitar infecciones. Y entonces las dejamos descansar unas horas. Y de esta manera pasamos los días, las semanas, hasta que, cuando ya ha transcurrido más de un mes, Lidia dice basta, porque parece que la herida está demasiado cerca del hueso. Tenemos miedo de que se pueda llegar a infectar, así que llamamos al hospital para avisarlos de que vamos a ir.

Durante el trayecto de Olina a Barcelona estoy un poco asustado. Pensaba que las úlceras se curarían con los cuidados y unas cuantas semanas de reposo, y ahora me doy cuenta de que es mucho más complicado. Recuerdo las palabras de la doctora Ramírez (quien se ha encargado de mi seguimiento desde la lesión): «La piel es uno de los tejidos más delicados que tenéis las personas con lesión medular. Os protege, y debéis cuidarla mucho, porque una vez que se rompe es muy difícil de rehacer.»

Llegamos al hospital y me ingresan rápidamente: al tener el hueso al descubierto, el riesgo de infección es muy alto, y una infección en los huesos puede llegar a ser muy grave. Sin embargo, todavía tengo que esperar unas semanas para que me operen.

Todo este tiempo de espera se hace eterno, porque hasta que no me opere no comenzará la cuenta atrás para la recuperación.

Me suben a la planta de lesionados medulares, la que abandoné con tanta alegría hace apenas dos años...

En la cama de al lado hay un chico tumbado; le acompaña su hermano. Los saludamos y corremos las cortinas, como si con ese gesto pudiera aislarme del resto del mundo. Me quito la ropa y me tumbo en la cama, resignado. Lidia lo recoge y lo guarda todo; es consciente de que tardaremos mucho en volver a necesitar la ropa de calle. Colocamos el neceser, las toallitas, alguna revista, una botella de agua a mano por si la necesito. Lo hacemos todo de manera sistemática, como lo hicimos durante tantos meses. Una vez lo tenemos todo en su sitio, nos miramos. Es un momento muy duro; se me hace un nudo en el estómago al ver sufrir a Lidia, y a Lidia le duele tener que dejarme aquí solo otra vez.

Yo me tumbo y ella se sienta en la butaca de los acompañantes, sin poder decir nada.

Los compañeros de habitación nos piden permiso para poner la tele. A nosotros, ahora mismo, todo nos da igual. La encienden. Dan un partido del Barça en directo; mi compañero y su hermano lo estaban esperando: son culés. Comienza el partido y casi sin quererlo, nosotros también nos enganamos. Me divierten sus comentarios; no les importa que los oigamos, se nota que hace mucho tiempo que están aquí. A los pocos minutos de partido descorremos la cortina para poder comentar con ellos las jugadas. En la media parte, la habitación ya no es tan triste. Es como si hubiéramos ido a ver un partido a casa de un amigo, y en este caso el amigo se llama Ernest.

Es increíble lo que puede llegar a conseguir el fútbol, un deporte tan sencillo de once contra once buscando el gol. Es la época del dos a seis al Madrid. El equipo de Guardiola lo gana todo y a nosotros nos alegra un poquito la estancia.

Hace un momento no conocíamos de nada a Ernest, pero ahora ya tenemos más cosas en común, aparte de la lesión y las úlceras.

Cuando Lidia se va, lo hace mucho más tranquila. Sabe que no me quedará solo.

Según qué compañero de habitación te toque, tu estancia en el hospital puede ser muy agradable o puede convertirse en un auténtico infierno. Con el paso de las semanas, Ernest y su familia hacen que nuestra habitación, fría y sin personalidad, se parezca un poco a un hogar.

Cuando puedes compartirlo con los demás, el sufrimiento se te hace más llevadero. Y esto ocurre sobre todo en lugares como los hospitales: las relaciones que nacen son muy intensas y agradecidas, porque se crean en momentos de gran sensibilidad.

Es 15 de mayo. Casualmente, tanto Ernest como yo cumplimos años hoy, y los dos tendremos que pasar el día de nuestro aniversario aquí encerrados, sin hacer nada especial. No es el fin del mundo, pero aquí dentro este tipo de cosas son más tristes.

Lo único que diferencia el día de hoy de los demás es que nos llaman algunos amigos para felicitarnos, pero el resto de la mañana no varía, la misma rutina diaria: los cambios de postura, la toma de temperatura, el desayuno, el reparto de medicamentos, la

limpieza... Cada día es igual.

Bueno, todavía hay otra pequeña diferencia: hoy, los padres de Ernest tardan un poco más de lo normal en llegar. Suelen hacerlo antes del mediodía, para estar a la hora de comer. Pero hoy todavía no han venido. De repente aparecen, cargados de bolsas, una nevera portátil y muy atolondrados. Casi sin decir nada, echan de la habitación a las enfermeras y las avisan de que durante dos horas no podrán entrar. No sé si es que ellas no saben cómo reaccionar o qué, pero no protestan, sino que se van y cierran. Desde dentro, los padres calzan la puerta con una silla. Nosotros nos quedamos boquiabiertos y les dejamos hacer, porque, de hecho, tumbados en la cama tampoco podemos hacer gran cosa.

En un momento, la habitación de hospital se transforma: cuelgan serpentinas del techo, de las camas, de los armarios, hinchon globos que esparcen por todas partes, e incluso tiran confeti. También sacan unos platos de cartón de colores y cucharas, y de la nevera portátil sale una botella de cava, un pastel y unas copas. ¡Toda una gran fiesta!

Es el mejor momento en muchas semanas. Durante un rato dejamos aparcados nuestros problemas y disfrutamos de estas dos horas de regalo, nos sacamos fotos, brindamos y nos reímos. Ambos necesitábamos un momento como ése.

He ido a muchas fiestas e iré a muchas más, pero ninguna de ellas me dejará un recuerdo tan agradable como éste.

Por fin llega el día de la operación. Estoy contento, no parece que vaya a ser complicada, y dicen que en cinco semanas ya estaré bien y podré empezar a sentarme en la silla. ¡Así que mañana ya quedará un día menos!

Comienza la cuenta atrás. Van pasando las semanas: la primera me sacan los drenajes de un lado, a los diez días, los puntos; la segunda semana, los drenajes del otro lado; periódicamente me hacen controles y van saliendo bien. Por fin me dan el alta, y ¡para casa!

Pero todavía falta un largo camino para volver a llevar una vida normal. Debo empezar apoyando la zona de los isquiones con mucho cuidado, primero durante una hora, luego dos, tres...

Para aprovechar más el tiempo, hago todos los desplazamientos en coche tumbado. Lidia conduce, y así después tengo más margen para disfrutar de un almuerzo o un paseo sentado. Intentamos ir con mucho cuidado. Por indicación de los médicos, nunca estoy sentado más de cuatro horas seguidas.

Pero en julio, cuando hace apenas un mes que me dieron el alta, aparece una pequeña fisura en la piel, justo encima de una de las zonas operadas, y empieza a salir un líquido que no hay manera de que pare. El tejido de debajo de la piel ha cambiado, parece hinchado y abultado. No sabemos qué hacer. Lidia llama asustada a Empar Cuixart, que nos dice que salgamos enseguida para el hospital.

Esta vez vienen a examinarme más médicos, entre ellos el cirujano que me operó. No saben qué pasa, y después de discutir un poco deciden volver a ingresarme. Diagnóstico: rechazo del injerto que me han hecho en uno de los dos lados. Solución: repetir la misma técnica quirúrgica. Vuelven a empezar las curas y la espera.

Me suben a la habitación y... No puedo creerlo: ¡Ernest también vuelve a estar aquí! A pesar de todo, nos alegramos de volver a vernos.

Pasan las semanas, y cuando vuelvo a tener el cuerpo preparado, me bajan a quirófano. Otra vez el mismo procedimiento: cinco semanas de reposo absoluto en el hospital, sacar drenajes y puntos, seguimiento y por fin el alta médica. Ya estamos a principios de noviembre.

Esta vez queremos asegurarnos y la progresión es mucho más lenta. Tardo mucho más en sentarme un rato seguido en la silla. Van pasando las semanas y se acerca la Navidad. Pronto se cumplirá un año del Dakar.

Mientras estaba en el hospital, el director de deportes de motor de la cadena catalana TV3, Santi Faro, me llamó para proponerme hacer de comentarista del Dakar desde los estudios de televisión. Era el primer año que la cadena haría un programa especial de la carrera y buscaban a alguien con experiencia para hacer los comentarios técnicos. Me pareció un proyecto muy estimulante y me hizo mucha ilusión que pensaran en mí.

Calculamos las horas que tendría que estar sentado y vimos que no habría problema. Enseguida dije que sí. De esta manera seguiría estando en el Dakar, aunque fuera desde casa. Y ésta es una de las razones por las que somos tan cuidadosos en la recuperación, para poder hacer el programa.

Pasan las semanas y vamos preparando la documentación para el programa con Santi. Aprovechamos el tiempo que tengo para estar sentado, y el resto del día estoy en casa, tumbado.

Llega la Navidad de 2010. La familia de Lidia sube a Oliana para evitar que tengamos que hacer desplazamientos largos. A pesar de poder ir tumbado en el coche, preferimos no correr ningún riesgo. Celebramos las cenas y las comidas prácticamente sin salir de casa y en cuanto puedo me vuelvo a tumbar.

En Nochebuena, cuando estoy a punto de echarme en la cama, vemos una mancha en la silla que nos resulta demasiado familiar. Se me hace un nudo en la garganta. Se me ha vuelto a abrir una pequeña fisura en la piel y el injerto se vuelve a deshacer. Mi cuerpo vuelve a rechazar esta operación.

Esta vez ya no nos asustamos tanto, pero sí nos desesperamos. No hemos hecho nada para provocarlo, hemos cuidado la zona operada y no la hemos castigado en ningún momento. He estado horas y horas tumbado, sin salir de casa, sin disfrutar de las fiestas, casi sin ver a la familia, y no ha servido de nada...

Volvemos a llamar al hospital. Nos mandan a urgencias. Me meten en un box, tumbado, y vienen varios médicos que no dicen nada, porque ninguno de ellos entiende qué pasa ni tiene la solución a mi problema, excepto la de repetir la operación.

Estoy hundido. He perdido la confianza en los que me tienen que curar y en mí mismo. Me da igual lo que hagan, sólo quiero que hagan algo y que funcione.

Finalmente, con el consentimiento de los médicos, volvemos a casa. Mientras mantengamos cerrada la zona de la fisura, no hay riesgo de infección. Vale la pena aguantar así mientras no sepamos qué hacer, y de paso aprovechar la oportunidad de hacer el programa con TV3.

La experiencia en la tele es todo un paréntesis en este círculo vicioso de desesperación. Sólo me levanto del sofá para ir a hacer el programa, a dos minutos de casa —hemos vuelto a trasladarnos a Sant Just Desvern (Barcelona).

Estoy todo el día pendiente de las informaciones que me envían del Dakar por Internet y por teléfono, voy preparando la documentación para el programa y nos vamos llamando con los compañeros para contrastarlo todo. De esta manera, cuando llego a los estudios, lo tenemos todo bastante hilvanado y podemos repasar las imágenes que nos van llegando sin tener que estar mucho tiempo sentado.

Son quince días de ritmo trepidante. A pesar de estar tumbado en un sofá, no tengo la sensación de perder el tiempo: me siento dentro de la carrera, en Argentina. Sigo lo que hacen mis compañeros, si se han parado, si han tenido una avería, si no han ido tan deprisa como podían, si han usado una estrategia... Lo analizo todo y se lo explico a los demás. Me gusta y siento que mi trabajo vale la pena.

Una vez terminado el trabajo con TV3, volvemos a la realidad. De repente, el mundo se vuelve a parar, y tras la tregua vuelve la desazón. Debemos pensar qué hacemos con las úlceras, cómo hemos de superar esta situación, porque no podemos resignarnos y quedarnos cruzados de brazos. Debemos buscar una salida.

Porque vencer los obstáculos nos puede dar la mayor de las satisfacciones

Estamos ya a mediados de enero. Hace pocos días que terminé el trabajo en la tele y desde entonces he estado tumbado en casa.

Hoy vamos al Centre d'Alt Rendiment (CAR) de Sant Cugat, a ver a Miquel Àngel Cos, fisioterapeuta, osteópata y amigo con quien hace mucho tiempo que colaboramos, desde antes de mi lesión.

Como he estado muchos días en una posición forzada —tumbado boca abajo, girado hacia un lado para poder ver el ordenador y forzando el cuello para poder hablar por teléfono—, parece que las vértebras han rotado un poco y queremos que Miquel Àngel le eche un vistazo a mi espalda.

Hablamos de la Navidad, del programa del Dakar y le explicamos cómo están las cosas, lo que nos han dicho los médicos, nuestro desasosiego. Miquel Àngel se va un momento y vuelve con el doctor Lluís Til, también del CAR, a quien le exponemos nuestro problema con las úlceras y le explicamos todo el proceso que hemos seguido desde mi vuelta del Dakar, hace justo un año.

A pesar de no tener ninguna experiencia en este tipo de lesiones, Lluís entiende perfectamente mi situación, conoce a los deportistas, ha tratado a muchos. Tras una serie de consultas y trámites, en pocos días nos propone un tratamiento innovador que está funcionando en otros ámbitos de la medicina. Nos explica en qué consiste, dónde se hace y quién lo hace. Nos dice que quizá merece la pena probarlo y no nos lo pensamos dos veces. ¡Venga!

Así pues, hacemos el tratamiento. Sólo son un par de días ingresado y para casa. El traslado lo hacemos en ambulancia para no tener que apoyar en ningún momento la zona de los isquiones. Y de la ambulancia me llevan en camilla directamente hasta el sofá de casa, ya preparado para convertirse en mi cama, comedor, despacho... A partir de hoy no me levantaré para nada.

Una vez instalado y acomodado en mi nuevo hábitat, estoy atento a las noticias de la televisión: las imágenes impactantes del terremoto de Chile, de 8,8 en la escala de Richter. Hacía poco más de un mes, aquellas tierras parecían tranquilas y seguras, incluso hospitalarias. Ahora la tierra se ha abierto y ha dejado cientos de víctimas. Me quedo de piedra, qué mal cuerpo apenas llegar.

Un punto conflictivo y que puede llegar a ser muy negativo de estar tantas horas tumbado es que tengo demasiada información a mi alcance. Tengo que saber gestionarla. Es muy importante que me pueda distraer con la tele y disponer del teléfono móvil y del ordenador con conexión a Internet, porque me mantienen conectado con el mundo exterior y me siento menos aislado.

Pero si no gestiono bien toda la información a la que tengo acceso, puedo volverme loco. En Internet, cualquier persona, sea quien sea, puede colgar información, y nadie la contrasta ni la filtra. Por ejemplo, he encontrado miles de artículos que prometen soluciones para mi lesión, pero cuando he profundizado enseguida he visto que sus autores no eran médicos, ni siquiera científicos. Y no puedo evitar imaginarme a una persona joven, con una lesión medular muy reciente o cualquier otra enfermedad grave, desesperada y con la misma facilidad de acceso que yo a Internet: puede perder los papeles y gastarse grandes cantidades de dinero viajando por el mundo para encontrar esas soluciones prometidas desde una pantalla de ordenador.

Decididamente, la información, el exceso de información o la mala información pueden ser muy peligrosos. Intentaré no pensar demasiado en ello.

Los días que paso en esta situación son muy extraños. Por la mañana, Lída, antes de irse al trabajo, me deja el desayuno preparado, me ayuda a lavarme la cara y a hacer todas las tareas cotidianas.

Desayuno con toda la tranquilidad del mundo, porque si algo tengo ahora es tiempo, y leo las noticias, que siguen hablando del terremoto de Chile durante muchos días. Una vez me he puesto al día, trabajo un poco con el ordenador, hago unas cuantas llamadas. Porque yo estoy aquí parado en el sofá de casa, pero el tiempo sigue pasando y no me puedo quedar muy atrás.

De vez en cuando viene a visitarme alguien y Lída deja la llave de casa estratégicamente escondida en una maceta para que puedan cogerla y entrar. También coloca un sofá más pequeño justo delante de mí, para que quien venga se sienta cómodo. Al principio, estas visitas me incordiaban un poco, porque recibirlas tumbado no me hacía mucha gracia. Ahora no sólo las agradezco, sino que las espero.

Cuando Lída vuelve al mediodía, comemos juntos y vemos la tele un rato. Cuando vuelve a marcharse, empiezo una especie de maratón de series: primero, *La Riera*, en TV3; luego, *Amar en tiempos revueltos*, en La 1, y, por último, *Les germanes McLeod*, también en TV3. ¡En mi vida había visto tantas series!

Después vuelvo a trabajar un poco con el ordenador, hago tres o cuatro llamadas y al rato ya vuelve Lída. Entonces nos ponemos al día de todo: ella me habla del trabajo y yo de lo que ha pasado en el mundo. ¡Y me entero de casi todo!

Los fines de semana son diferentes. Los sábados viene a vernos el doctor Til con un ecógrafo portátil. Mira bien la zona de las úlceras por fuera y luego hace la ecografía y la compara con la de la semana anterior. Cada sábado, en ese preciso momento, aguanto la respiración y ruego a quien me escuche para que el agujero haya disminuido de volumen. De momento vamos bien.

Los sábados por la tarde y los domingos siempre viene alguien de la familia de Lída o algún amigo, y si se quedan a comer o a cenar tenemos que redistribuir el comedor. Trasladamos la mesa junto al sofá y ponemos las sillas alrededor, de modo que yo quede a un lado y desde mi sitio pueda verlos a todos. Al principio los invitados quizá se sentían

un poco mal por comer en una mesa mientras yo tenía que hacerlo tumbado, pero ahora ya estamos todos acostumbrados y podemos disfrutar de los encuentros más relajadamente.

Cuando dejas de lado las manías y los prejuicios, la vida es mucho más fácil. E incluso tienes muchos más momentos de felicidad.

Es 8 de marzo de 2010. Me llama Lúdia desde el polideportivo para decirme que no la dejan salir del trabajo con el coche. Está todo muy nevado y es peligroso circular con cualquier tipo de vehículo. Yo me pongo a reír:

—¡Qué exagerada eres! ¡Se nota que eres de ciudad!

Ella intenta convencerme de que es verdad, que ha caído una buena nevada y que las calles y las carreteras están cortadas. Pero yo aún me río más:

—¡Esta gente de Barcelona! ¡Caen cuatro copos de nieve y ya se asustan!

Por mucho que lo vea por la tele no me lo acabo de creer. Desde el sofá no veo si nieva, llueve o hace sol; lo puedo intuir, pero no verlo ni tocarlo. Aquí dentro no hay estaciones ni cambios de tiempo.

Por fin llega Lúdia. Le cuesta entrar en casa. En la entrada hay más de un palmo de nieve acumulada: la recoge con mucho cuidado, tratando de agarrar un buen puñado, y me la trae:

—¿Qué? ¿Te lo crees ahora?

Me gusta tocar la nieve, esa frescura que hacía tiempo que no sentía. Le doy la razón, claro.

Vemos que la cosa va para largo y empezamos a anular compromisos. Tenía reuniones y algunas charlas en empresas; incluso teníamos que grabar un programa para Televisió de Catalunya —que será todo un éxito: *El convidat*—. Pero finalmente tenemos que suspenderlo o aplazarlo todo, no sabemos hasta cuándo.

Pasamos de las nevadas del invierno al calor de la primavera, y ya estamos otra vez a 15 de mayo. Otro aniversario que pasaré acostado, pero esta vez fuera del hospital.

Es domingo y nos vienen a ver Gisele y Fèlix, la hermana de Lúdia y su compañero. Traen fideuá, cava y una tarta. ¡Que esté aquí encerrado no significa que dejemos de celebrar las cosas!

Seguimos con los controles del doctor Til. Parece que la última ecografía sale muy parecida a la anterior, como si la evolución de las fibras musculares se hubiera frenado. Esperamos hasta la semana siguiente, que da el mismo resultado, y tratamos de hacer algún tratamiento adicional para ayudar a que las fibras musculares se acaben de conectar, pero parece que no funciona, no vamos ni hacia adelante ni hacia atrás.

Quizá ha llegado el momento de empezar a sentarse y ver cómo reacciona el cuerpo. Dos semanas después de mi cumpleaños, empiezo a hacerlo. En un primer momento, cuando me coloco en mi silla, tengo la sensación de estar en un parque de atracciones: todo se mueve, la cabeza me pesa, me da la sensación de que se cae.

Los primeros diez minutos sentado los paso en la ducha: ¡qué ganas tenía de sentir cómo caía el agua! Y por la noche aprovecho para subir a mi cama, se acabó dormir en el sofá. Es increíble cómo dos cosas tan sencillas como ducharte y dormir en tu propia cama pueden llegar a ser tan extraordinariamente deseadas cuando no las tienes.

El segundo día ya son quince los minutos que podré estar sentado, así que aprovecho para subir a la azotea de casa para tomar un poco el sol. Al principio me cuesta abrir los ojos: la luz natural me ciega. Pero cuando por fin los abro, veo el cielo azul y siento el aire por todas partes... ¡Uf!, no puedo describir lo que siento, tal vez es una sensación parecida a la de cuando por fin sacas la cabeza y coges aire después de que en el mar una ola te arrastre hacia dentro y te trague unos cuantos metros.

El tercer día son veinte minutos los que puedo estar sentado, así que ya podemos bajar a tomar un café a la terraza de siempre. Y veo a la gente, oigo sus voces y los ruidos de la calle...

Llegan el cuarto, el quinto, el sexto y el séptimo día, cada uno de ellos con cinco minutos más pudiendo estar sentado, libre, conectado con el mundo.

Y por fin, el octavo día, vamos a pasar el control de la ecografía. Me sudan las manos de los nervios, pero intento que no se me note, porque sé que los demás están como yo. Hago alguna broma para romper el hielo, pero no funciona: todos estamos demasiado pendientes de lo que veremos en la ecografía.

El resultado es genial: las fibras se han cerrado un poco más, se ve que la presión que he hecho al sentarme ha ayudado a que se juntaran. ¡No estoy perfecto, pero sí mucho mejor!

A partir de hoy, siguiendo con la progresión lenta y segura, y con los controles periódicos, empezamos una nueva vida.

Después de sufrir esta clase de heridas, no volveré a tener nunca la vida de antes. Tendré que ir siempre con cuidado y no abusar de estar demasiadas horas sentado sobre esta zona, porque la tendré mucho más débil y susceptible de volver a sufrir las úlceras. Esta patología es bastante peor que la lesión, porque una vez sufres las úlceras, ya no puedes hacer nada para solucionarlas, sólo esperar. Y esto puede llegar a ser desesperante.

Y es peor también porque te aísla totalmente del mundo exterior, no sabes si es invierno o verano, Navidad o Semana Santa. También te aísla de la gente, pierdes el contacto con los demás. Durante un tiempo desapareces del todo, te vuelves invisible.

Y aún hay otra razón de peso para considerarla peor que la lesión medular: a pesar de estar lesionado, tenía suficiente autonomía para no tener que depender de los demás, pero con las úlceras todo esto se pierde, pasas a necesitar a alguien a tu lado para poder hacer cualquier cosa, pierdes toda tu independencia.

Pero también he podido sacar algo positivo de todo esto. Me he dado cuenta de que hay personas con las que, estés como estés, siempre puedes contar, personas que a pesar de tener el día libre, estar de vacaciones o muy ocupadas, siempre encuentran un

momento para estar a tu lado, para darte apoyo. Cuando estás tan hundido como he llegado a estar yo, es muy importante saber que hay gente que te apoya y que te ayudará a superarlo. Te dan fuerzas y razones para seguir luchando.

*Porque la felicidad auténtica es movimiento y revolución,
no conformismo*

A finales de 2010, TV3 me ofrece de nuevo la oportunidad de hacer de comentarista en sus programas especiales sobre el Dakar.

Además, una de las empresas que más apoyo da a los equipos del Dakar, KH Lloreda, se pone en contacto conmigo para celebrar un encuentro y hablar de una posible colaboración. En noviembre nos reunimos con Josep Maria Lloreda en la sede de la empresa, en Canovelles, en el Vallés Oriental (Barcelona). Antes de empezar, nos invita a dar un paseo por las instalaciones, nos habla de cada rincón, de cada aparato, de cada punto de la cadena envasadora, y lo hace con el afecto de un padre que habla de las gracias de su hijo. El señor Lloreda no nos habla de máquinas, de trabajadores o de ventas, sino de cosas útiles, con sentido, de clientes que son personas y tienen sus necesidades.

Primera sorpresa.

Una vez en la sala de reuniones hablamos de las carreras, de los pilotos y, claro está, del Dakar, y al ver lo que me entusiasma me pregunta por qué no vuelvo. Le explico las consecuencias que tuvo para mí el Dakar 2009, el porqué de aquellas úlceras, que una persona con este tipo de discapacidad no puede permanecer tantas horas sentado sobre la misma zona, y que si esa persona ya ha sufrido estas úlceras anteriormente, el tiempo que puede permanecer sentado aún se acorta más. También le hablo de la odisea vivida, de los meses tumbado en el sofá y en la cama del hospital, de las operaciones, del tratamiento, de la desesperación... Y le digo que no soy el único, que en esta misma situación están muchos lesionados medulares, enfermos crónicos o ancianos que se pasan todo el día sentados, y que deben quedarse en casa, donde nadie los ve.

El señor Lloreda no sale de su asombro. ¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI pasen cosas como ésta? Me pregunta qué solución creo que podría haber, y le digo que se trataría de conseguir hacer un cojín que permitiera liberar, de forma intermitente, el área sobre la que nos apoyamos cuando estamos sentados, que evitara la presión excesiva y continua sobre una misma zona, ahora ya muy vulnerable. Queda claro que he tenido muchos meses para darle vueltas a este tema.

La mirada de Josep Maria Lloreda comienza a brillar. Su cara pasa de una mezcla de sorpresa e indignación al dibujo de una sonrisa que contagia alegría:

—Nosotros os ayudaremos. Buscad un equipo de profesionales que nos puedan dar el mejor asesoramiento y en cuanto lo tengáis, ¡nos ponemos a trabajar! Conseguiremos que vuelvas a las carreras. Y si conseguimos demostrar que en una situación extrema como es la competición funciona, imagínate con el resto de la gente.

¡Segunda sorpresa!

Sin embargo, no puede esperar a tener el equipo hecho. Su cabeza ya no puede parar. Piensa en las soluciones, los materiales, las técnicas, hace un montón de dibujos sobre la mesa. Es un huracán de ideas y nos cuesta seguirle.

De vuelta a casa con Lúdia, seguimos muy impresionados. Nos ha cautivado la humanidad del señor Lloreda. Alguien que está al frente de una empresa como la suya, que no para de crecer, que debe de tener un montón de trabajo cada día, un montón de personas a su cargo, decenas de llamadas diarias pidiéndole cosas, ¡y que, aun así, tenga tiempo y energía para preocuparse por nuestro problema y esté dispuesto a ayudarnos! Nos cuesta asimilarlo. Estamos tan contentos que no podemos decir nada.

La vida te reserva sorpresas de todo tipo. Hay sorpresas negativas, que te hacen caer y te rompen. Pero también las hay positivas, las que te ayudan a levantarte y a reponerte. Y debemos estar preparados para saber gestionar tanto las unas como las otras.

Si me hubiera encerrado en mi problema, si lo hubiera escondido, si no hubiera hablado abiertamente y con naturalidad, esta oportunidad que se presenta ahora no habría surgido nunca.

Y como las oportunidades nunca se deben dejar enfriar, nos ponemos a trabajar enseguida para reclutar al mejor equipo. Vamos pensando qué necesitaremos y ponemos en marcha una rueda de reuniones.

Un papel importante en el equipo lo tendrán las personas que más saben de lesiones medulares y sus patologías colaterales, así que llamamos a nuestra amiga incondicional Empar Cuixart, y ella nos pone en contacto con el doctor González Viejo, que nos aportará las pruebas más objetivas y la visión más científica del proyecto.

También necesitamos profesionales acostumbrados a las necesidades de los más exigentes, los deportistas de élite, y que han vivido de primera mano todo el proceso de mis úlceras, así que en el CAR de Sant Cugat reclutamos a Miquel Àngel Cos y a los doctores Lluís Til y Toni Turmo.

Por casualidad, en una reunión por otro asunto con Doga —empresa catalana que se dedica mayoritariamente a fabricar componentes para la automoción—, les hablo del proyecto de hacer un cojín que me ayude en mi día a día y prevenga las úlceras. Su director general, Toni García, se ofrece a echarnos una mano con su tecnología y sus ingenieros.

También visitamos Guido-Simplex, empresa especializada en la adaptación de vehículos para minusválidos, y aparte de pedirles las piezas sobre las que trabajaremos para hacer nuestro cojín, su directora técnica, Noemí Vargas, nos aportará sus conocimientos sobre el sector en el que nos moveremos y sus necesidades.

Cada una de estas reuniones ha sido toda una experiencia. Nuestro proyecto entusiasma a todos, a unos porque son conscientes de la necesidad que hay de sacarlo adelante, a otros porque descubren una patología que desconocían y se dan cuenta de su gravedad y de la cantidad de personas que la padecen.

Una vez tenemos un buen equipo humano para empezar a trabajar, convocamos la primera reunión en las instalaciones de KH Lloreda. Estoy un poco nervioso al ver a tanta gente importante y con una vida tan ocupada allí reunida. No se conocen entre ellos, nunca han trabajado juntos, el único enlace soy yo. No sé cómo irá...

Empezamos con unas breves presentaciones: los médicos deportivos, los médicos especialistas en lesiones medulares, los ingenieros, los fisioterapeutas, Lidia y yo. Gente con muy pocas cosas en común.

Luego exponemos el problema y sus consecuencias. Los médicos exponen las necesidades; los fisioterapeutas, la que sería la situación ideal; los ingenieros van aportando bosquejos para posibles soluciones, y poco a poco la reunión es una auténtica lluvia de ideas.

Los miro a todos con un poco de perspectiva y me emociono. Los veo tan involucrados en este proyecto, exponiendo sus puntos de vista, que me siento muy agradecido por su actitud, por sus ganas de ayudar, de hacer su aportación sin ningún otro interés que el de resolver mi problema y el de tanta gente. Este equipo de trabajo es impagable.

Cuando terminamos la reunión todos se van con la sensación de que empezamos algo importante y serio. La vitalidad que transmite el señor Lloreda ha desvanecido cualquier duda de que este proyecto fuera viable. Y todos salimos contagiados por su entusiasmo.

Las siguientes reuniones son una continuación de la primera: lluvia de ideas a las que los ingenieros, sobre todo Joan Casas, van dando forma, y cada una de ellas nos aporta más conocimiento, y todos absorbemos algo del saber de los demás.

Con cada prototipo que Joan nos trae surgen nuevas ideas y soluciones, nuevos materiales y nuevas técnicas. Algunos de los cojines que vamos probando explotan, otros no llegan a inflarse nunca, pero todos ellos nos van llevando hacia el final. Cada escalón nos permite llegar al siguiente, no hay ninguno que sea inútil.

Por fin tenemos un prototipo que, por sensaciones, funciona. Lo hemos ido probando todos y estamos de acuerdo en que es lo que buscamos, pero nos hace falta una prueba objetiva que lo corrobore, porque las sensaciones, por muy comunes que sean, son siempre subjetivas.

Hacemos una convocatoria general, como siempre, en la sede de KH Lloreda, donde hemos instalado un *baquet* —el asiento de una plaza característico de los coches de carreras y de algunos deportivos— encima del cual hemos colocado el cojín.

El doctor González Viejo ha traído una manta de presiones que colocaremos entre el cojín y yo mientras esté sentado encima. Esta manta va conectada a un ordenador en el que leemos los datos que nos envía: las zonas que en la pantalla aparecen rojas son zonas de alto riesgo —es decir, mi cuerpo ejerce demasiada presión—, las amarillas son de menor riesgo y las verdes de ningún riesgo.

Una vez tenemos una lectura con el cojín parado —como solemos llevarlo normalmente— y hemos localizado las zonas conflictivas, lo ponemos en marcha. Yo les dejo hacer. Ellos miran las pantallas, recogen datos, comentan las imágenes, y no entiendo casi nada de lo que dicen, pero tampoco presto atención, sólo me fijo en las caras que ponen y los gestos que hacen e intento interpretarlos. Cuando veo una sonrisa, vuelvo a respirar.

Los resultados no pueden ser mejores: mientras el cojín está funcionando, ¡no hay ninguna zona de riesgo!

Esto puede significar abrir la puerta a la vida laboral, a la reinserción social, a la libertad de muchas personas. No quiero precipitarme, aún faltan muchas pruebas y trámites, pero estos resultados nos indican que vamos por el buen camino, y eso nos anima a seguir trabajando.

El próximo paso será probar el cojín en el coche de competición, para ver si funciona igual de bien en una situación más extrema.

*Porque la vida nos depara situaciones excepcionales, si
unas son malas, otras pueden ser buenas*

Junio de 2012. Nuestro proyecto del cojín inteligente ha superado todas las pruebas estáticas. Llega la hora de dar el siguiente paso: probarlo en «situación de carrera», es decir, dentro de un *baquet* conmigo atado, con la misma presión que en carrera y en marcha.

Llevar a cabo esta prueba con el mayor número de colaboradores posible no ha sido nada fácil, porque se acercan los Juegos Olímpicos de Londres y los médicos del CAR tienen mucho trabajo, y además hay dos grandes premios seguidos de Fórmula 1 y el señor Lloreda es el patrocinador de uno de los equipos. Pero se acerca nuestra primera carrera y debemos tenerlo todo preparado y verificado.

Hacemos el test con el coche de carreras en Les Comes, donde nuestro amigo Pep Vila tiene preparado un recorrido *off road*. Damos unas vueltas para familiarizarnos con el terreno y el coche, un bugui que estreno hoy, y comprobar que el cojín funciona a pesar de los baches, los saltos y los cambios de apoyo. Cada vez me atrevo a ir más deprisa y freno menos en los saltos, y el cojín no falla, sigue funcionando.

Una vez lo tenemos todo controlado, ponemos la manta de presiones sobre el cojín, me instalo sobre él y me ato bien fuerte por los cuatro puntos del cinturón de competición. El doctor González Viejo, con su ordenador conectado a la manta de presiones, se sienta en el lugar del copiloto, también se ata y nos ponemos en marcha.

Damos un par de vueltas y le pregunto cómo va, me dice que bien y que si el que llevamos es el ritmo normal en carreras. Le contesto que no, que en competición el ritmo es bastante más rápido, pero que sufro por el ordenador que lleva en las manos. Me contesta impasible:

—No te preocupes por eso. Debemos hacer la prueba lo más real posible.

¡Muy bien! Pulso el acelerador y como no se queja, voy haciendo los saltos y tomando las curvas tan rápido como puedo, y le voy mirando de reojo: el ordenador va de un lado a otro, pero no se le cae, y no le saca el ojo de encima para leer la información, sin apenas inmutarse.

Cuando paramos, bajamos del coche sucios de polvo de pies a cabeza. El doctor se sacude un poco y miramos los resultados, que son idénticos a los obtenidos en la prueba parado. ¡El cojín, pues, ha hecho bien su trabajo!

Ya estamos preparados para el siguiente paso: el banco de pruebas de las carreras.

Llega el 22 de julio y comienza mi Baja Aragón. Por sus características, esta carrera será una buena prueba de fuego para nuestro proyecto. Son dos días de competición más uno de prólogo.

El viernes hacemos un prólogo muy corto que no sirve mucho como referencia para nuestro proyecto. El sábado, sin embargo, debemos recorrer un total de quinientos veinte kilómetros divididos en dos partes, y hacemos una asistencia justo a la mitad que nos irá

muy bien para controlar el estado de mi piel.

La carrera empieza a las doce, pero dos horas antes, nosotros ya debemos estar dentro del coche. Hacemos un enlace para salir de Zaragoza, y vamos hacia la salida de la especial. Como corremos con un bugui, salimos detrás de todos. Somos la categoría que sale en último lugar.

Durante los primeros kilómetros avanzamos dentro de una nube de polvo, tenemos todos los vehículos delante y la visibilidad es nula, detalle que dificulta, y mucho, cualquier tipo de avance, aunque hacemos lo que podemos.

En julio, en Los Monegros, comarca aragonesa por donde pasa la carrera, la temperatura puede llegar a los cuarenta grados. Dentro del coche, a pesar de ser abierto, es incluso más alta.

Durante uno de los adelantamientos nos hemos salido un poco de la pista principal y hemos pinchado, lo que hace que nos retrasemos un poco más. Cuando por fin llegamos a la zona de asistencia ya llevo más de ocho horas dentro del coche, sentado sobre el cojín.

En nuestra zona de asistencia han montado una carpa cerrada con una litera para poder tumbarme rápidamente y examinar la piel sin tiempo para recuperarse, para hacer la prueba lo más real posible. Así pues, sin saludarnos, me cogen entre todos y me tumban, están demasiado impacientes para esperar.

Alrededor de la camilla están Josep Maria Lloreda, Joan Casas, Miquel Àngel Cos y Lluís Til. Lúdia me quita el mono, aparta la ropa ignífuga, la ropa interior... Todos contenemos la respiración; fuera de la carpa tampoco se oye mucho ruido, todos esperan una señal que indique qué pasa ahí dentro. Por fin, la zona de los isquiones queda a la vista: ¡la piel está impecable!

No puedo explicar todo lo que se me pasa por la cabeza en ese momento. El corazón está a punto de salirseme del pecho, se me saltan las lágrimas sin poder evitarlo. Tengo ganas de abrazar a todo este equipo de grandes personas que lo han hecho posible, pero no es necesario que me levante, en un momento los tengo a todos encima, en un abrazo multitudinario. Todos conocen mi sufrimiento, todos saben qué significa esto para mí. La emoción se puede palpar. ¡Qué momento!

Los gritos de alegría y las felicitaciones van más allá de los tres metros cuadrados de la carpa cerrada. Todo son abrazos. En medio de Los Monegros, dentro del control de asistencia, entre todas las carpas de los participantes de la Baja Aragón, hay un equipo que ya ha ganado la carrera. El proyecto del cojín inteligente es una realidad.

Es increíble lo que puede llegar a hacer la mente humana. Cuando salgo para hacer la segunda parte de la carrera, tengo la sensación de que peso menos, que tengo más fuerza y que el coche es más rápido. Parece que me haya quitado un gran peso de encima. Y es exactamente así, aunque yo no fuera consciente del todo; dentro de mí

tenía la preocupación de si me estaba jugando literalmente la piel durante el tramo de la mañana. A pesar de tener pruebas suficientes para confiar en el cojín, siempre queda la desazón de lo que me encontraré cuando termine.

Ahora, confiado, convencido y liberado, disfruto de mi bugui como no lo había hecho hasta este momento.

Acabamos la segunda especial habiendo remontado algunos puestos en la clasificación de nuestra categoría. Y lo más importante de todo: por la noche, cuando volvemos a examinar la piel, vemos que sólo está un poco roja y que, después de unos minutos de reposo y masaje, vuelve a recuperarse. En otras circunstancias me hubiera tenido que quedar a cenar en la habitación, tumbado, como tuve que hacer durante el Dakar 2009. Sin embargo, hoy no será necesario, podré bajar a cenar con el resto del equipo y compartir con ellos todas las anécdotas del día. Como hará el resto de los participantes.

Con este cojín no busco ganar carreras, sólo quiero tener la oportunidad de participar y disfrutar. Olvidarme del lento paso de las horas.

El cojín debe permitir que cualquier persona con esta discapacidad tenga la oportunidad de seguir haciendo su vida, sin necesidad de contar las horas que está sentada.

El domingo tenemos otra especial de doscientos kilómetros, como la primera del día anterior. Me siento tan bien que, a pesar de los obstáculos típicos de la carrera — pinchazos, averías, adelantamientos imposibles—, podemos luchar por las primeras plazas de nuestra categoría. Lo que ayer no me importaba, porque sólo quería terminar en buenas condiciones físicas, hoy ya lo veo posible y me siento con suficiente seguridad para luchar hasta el rótulo de llegada. Clasificación final: segundo puesto.

Ya en el hotel hacemos el último examen de mi piel, que sigue en buenas condiciones. ¡Incluso nos permitimos el lujo de ir a recoger el premio para hacer el podio!

Una vez volvemos de Zaragoza, nos tomamos unos días de descanso. Y en cuanto podemos, con Joan Casas, volvemos a trabajar para mejorar algunos detalles del cojín que hemos podido estudiar durante la carrera. La próxima prueba la tenemos a finales de septiembre, una carrera de seiscientos kilómetros sin descanso.

Los días 21 y 22 de septiembre, en Burgos, hacemos la carrera de Tierras del Cid, la más dura del campeonato. Son más de doce horas en carrera, dentro del bugui y sin ninguna posibilidad de supervisar si la piel está bien.

La carrera en sí se hace muy larga y dura, hay mucho polvo y muchas rectas rápidas que dificultan la competición en un bugui, que tiene una velocidad punta muy por debajo de la de los coches convencionales. Como a la mitad del recorrido tendremos que parar a repostar, quedamos con el resto del equipo para poder echar un vistazo al cojín y asegurarnos de que continúa trabajando con normalidad. Una vez certificamos que todo

va bien y tenemos el depósito lleno, retomamos la carrera. En el kilómetro 300, más de la mitad de los participantes han tenido que abandonar: es un aviso de la dureza de la prueba.

Hacemos estos últimos kilómetros con cuidado, pero sin bajar la guardia, arañando cada segundo, disfrutando de cada adelantamiento, cuanta más distancia recorremos más a gusto me siento. Cuando faltan pocos kilómetros para llegar, volcamos el coche. Txema Villalobos, mi copiloto, intenta por todos los medios poner el bugui en pie, pero no lo consigue. Intento tranquilizarle, que es lo único que puedo hacer desde dentro. Esperamos, y un cuarto de hora después, otro participante tira de nosotros con la eslinga y endereza el vehículo. Después de repasar rápidamente los instrumentos y el cojín, volvemos a la carrera. No ha pasado nada.

Finalmente acabamos primeros de nuestra categoría. He pasado once horas dentro del bugui, y si contamos que me he sentado tres horas antes de la salida y que tardo otra hora más en volver al hotel y tumbarme, hoy he estado quince horas sentado. ¿Demasiadas?

En cuanto me tumbo, repetimos el ritual de las carreras. Lidia empieza a sacar capas de ropa y al final toda la expectación se centra sobre mis isquiones. La piel está un poco roja, así que seguimos con el procedimiento habitual: masaje y Corpitol. Pasados unos minutos, la piel responde muy bien, y tras una hora de descanso, se ha recuperado del todo. Volvemos a respirar tranquilos.

El momento antes de examinar la piel es, con diferencia, el peor de todos. Siento una inquietud que me encoge el corazón, que parece que no puede latir; mi cuerpo se pone tenso mientras espero el veredicto de Lidia, y con su tono de voz me basta para soltar toda la tensión o mantenerla. Es un momento realmente duro.

A la vuelta de Burgos hacemos unas pequeñas modificaciones en el cojín para terminar de mejorarlo y lo dejamos listo para la última prueba de fuego, la última carrera del campeonato y la última oportunidad de este año de seguir desarrollando el cojín en situaciones límite.

El 20 de octubre nos vamos a Calamocha, en Teruel, desde donde sale este último raid, el de la Comarca del Jiloca. Con nosotros viajan dos médicos, Lluís Til y Toni Turmo. Y también viene Pedro, un profesor de la Universidad de Vic que lleva una cámara termográfica especial para medir la acumulación de la temperatura corporal. Esta prueba nos permitirá ver, de forma objetiva, en qué zonas de apoyo acumulo más calor y si la temperatura a la que llegan estas zonas es demasiado elevada —lo que puede ser peligroso— o es normal.

Hacemos varias tomas de temperatura en formato fotografía. La primera es del viernes, justo antes de salir en la etapa prólogo, cuando la piel ya hace rato que está bajo la presión de estar sentado en el cojín normal. La siguiente debemos hacerla una vez terminada la etapa prólogo, aunque finalmente la anulan debido a las malas condiciones del terreno, y lo hacen cuando nosotros ya estábamos preparados en la salida del parque

cerrado. Como hemos estado bastante tiempo esperando, hacemos la prueba tal y como estaba previsto, y el resultado es que la piel sube un poco de temperatura, pero se mantiene dentro de los parámetros normales y seguros.

La siguiente toma de imágenes térmicas la hacemos por la mañana, antes de levantarme, cuando la piel ha estado descansando toda la noche. Una vez hemos terminado, me levanto, me visto, desayunamos y nos dirigimos al parque cerrado. Subo al coche y salimos de Calamocha hacia la salida de la especial, que será de doscientos cincuenta kilómetros sin parar, esta vez ni siquiera para proveernos. El terreno está muy embarrado y la conducción es muy difícil, lo que a los buguis nos favorece mucho, ya que pesan mucho menos que los todoterrenos. A los cuarenta kilómetros de haber salido, nos ponemos primeros en la clasificación general. Vamos adelantando vehículos y más vehículos; ya llevamos dieciocho, nos lo estamos pasando genial, como dos niños, embarrados hasta las cejas, pero disfrutando de cada metro de carrera.

En un momento en que nos salimos un poco de la pista para hacer un último adelantamiento, pinchamos una rueda. Txema la cambia bastante rápido y no perdemos demasiado tiempo, pero pasan unos cuantos kilómetros más y el coche empieza a fallar, no sabemos qué pasa. Mi copiloto sale para ver si detecta algo, pero no encuentra la avería. Vuelvo a probar y nada, el bugui arranca, pero no tiene suficiente fuerza.

Llamamos a la asistencia para ver si ellos pueden saber qué pasa con las indicaciones que les damos, y parece que el coche responde después de tocar un par de piezas y podemos seguir unos cuantos kilómetros.

De repente, miro por el retrovisor y veo humo detrás del coche. Aviso a Txema, y cuando sale lanza un grito de espanto: ¡el culo del coche está en llamas! Por suerte, con los extintores, varias ramas y arena lo puede apagar. Y al cabo de un rato, una vez recuperados del susto, hago un intento de poner en marcha el bugui, ¡je inexplicablemente se pone en marcha! Pero no tiene fuerza.

Llamamos a Quim, nuestro mecánico, y se lo explicamos todo. Decidimos que la mejor opción es quedarnos donde estamos y que ellos vengán a buscarnos con el remolque. Como el coche todavía funciona, vamos avanzando y volvemos a llamar a Quim para quedar en un punto a medio camino. Mientras no nos encontramos, continuamos poco a poco hasta llegar a la autovía y decidimos seguir tirando... hasta que nos cruzamos con los de la asistencia y, con muy buen criterio, nos hacen parar en una salida, porque detrás de nosotros vamos dejando una estela de humo.

En otras circunstancias me habría enfadado mucho. Teníamos la oportunidad de ganar la carrera, no sólo de nuestra categoría, sino el *scratch* (el mejor tiempo de todas las categorías). Pero en estos momentos sé que no vale la pena. He aprendido que no puedo controlarlo todo, y también que las cosas malas que nos pasan no nos pueden controlar. Yo me quedo con la primera parte de la carrera, en la que hemos disfrutado de cada momento.

Con todo ello, las horas previstas de carrera han aumentado considerablemente, así que la prueba de temperatura que teníamos previsto hacer con los médicos al final de la carrera se hará aún en peores condiciones que las inicialmente previstas. Vamos directamente al hotel para no dar tiempo a que la piel se recupere y hacemos rápidamente el ritual de siempre; por fin podemos examinarla, con la respiración contenida, como viene siendo habitual.

La prueba dura unos diez minutos, pero enseguida se ve que la piel está igual que en la segunda prueba de ayer, cuando hacía dos horas que estábamos dentro del coche, y hoy han sido nueve.

Aunque falta plasmar todos los resultados de forma científica, a grandes rasgos, ¡podemos decir que nuestro cojín ha pasado con muy buena nota la prueba termográfica!

Éste ha sido el último examen del cojín inteligente. Seguimos trabajando en él y mejorándolo para ir puliendo los detalles más ínfimos, hasta que consigamos que se pueda fabricar y que toda la gente a la que la sombra de las úlceras está limitando la vida y la libertad pueda disfrutar y llegue el día en que sólo miren el reloj para saber qué hora es, y no para calcular cuántas llevan sentados.

Porque la crisis no es un fracaso

Principios de 2012. Llegamos al aeropuerto de Barcelona, dejo el coche en el parking y vamos a hacer el *checkin*. Todo normal. Les damos la documentación y el resguardo de Internet y les pedimos la asistencia para subir al avión. Aquí empieza la aventura.

La chica del mostrador llama por teléfono para pedir la asistencia especial, y con unas palabras clave le dice a la persona que está al otro lado de la línea que tengo una lesión completa y que necesito ayuda para subir al avión. Tras colgar el teléfono, nos entrega las tarjetas de embarque, pega la etiqueta correspondiente a mi silla y nos pide amablemente que esperemos a un lado mientras llega la ayuda que ya está de camino.

Pasados unos diez minutos llegan dos chicos muy simpáticos que se presentan y nos piden que los acompañemos. Recorremos pasillos, cruzamos unas cuantas puertas, más pasillos y finalmente llegamos al control. Entonces sacamos el ordenador de la funda, nos quitamos los relojes, las chaquetas, Lidia se quita las botas y el cinturón, y lo colocamos todo en las bandejas correspondientes. Como podemos, vamos hasta la cinta donde tenemos que poner las bandejas, haciendo equilibrios para dejarlo todo con cuidado. Y una vez está todo colocado sobre la cinta, un guardia civil dice que por allí no puede pasar la silla de ruedas, que tenemos que ir a otro control.

Los chicos que nos acompañan intentan explicarle que hemos atravesado todo el aeropuerto y que no nos pueden hacer volver atrás, pero el guardia, inflexible, no se deja convencer, sólo hace su trabajo.

Resignados, lo recogemos todo y deshacemos el camino que acabamos de hacer, pasillos y más pasillos, ascensores, puertas... Pensándolo bien, no es mala idea; una vez en el avión estás tan encajado que apenas te puedes mover, así que no viene mal un poco de ejercicio antes de subir.

Llegamos por fin al control que nos toca, volvemos a hacer el mismo ritual, como el resto de viajeros que, con resignación y con toda la dignidad posible, deben pasar este trance entre humillante y cómico de quedarse medio desnudos frente a un montón de desconocidos.

Yo, una vez he dejado todas mis cosas en la bandeja, tengo que pasar por otro protocolo: me llevan a una cabina junto al arco y me hacen sentar en un banco para poder llevarse mi silla a pasar un escáner especial. Como no puedo sentarme en ningún sitio sin mi cojín, aguanto haciendo una pulsación para no apoyarme directamente en el banco mientras pasan el cojín por el control, y lo hacen tan deprisa como pueden para devolvérmelo enseguida y que pueda sentarme. Entonces se llevan la silla y dejan pasar a Lidia de extranjis para que me ayude, aunque legalmente no se me puede acercar hasta que vuelva a estar sobre la silla.

Una vez terminado el trámite, volvemos a hacer la excursión hasta nuestra puerta de embarque. Por el camino tengo tiempo de observar esta maravilla de la arquitectura, la amplitud, la luz, el suelo de espejo, las tiendas, todo a la última, funcional y moderno, y pienso: «¿Cómo es que son capaces de hacer todo esto y no hacer más fácil el protocolo que debemos pasar las personas en silla de ruedas?»

Cuando llegamos a nuestra puerta, ya nos hemos hecho amigos íntimos de los chicos del servicio de asistencia. Hemos tenido tiempo de hablar de todo.

Veo que una vez en la puerta y entregadas las tarjetas de embarque, nos hacen bajar por el ascensor. Pregunto a las azafatas si no hay *finger* (pasarela de acceso), y con cara de pena me dicen que no mientras a través de la ventana señalan el avión en el que viajaremos, que está en el centro de la pista.

Miro la escalera que hay al lado del avión y después a los chicos de la asistencia, que no están muy fuertes. Mientras el resto de los viajeros esperan en el túnel, nosotros, paseando, vamos hacia el avión. Una vez en la escalera de acceso, vuelvo a mirar a los chicos de la asistencia y doy gracias porque Lidia me mantiene en forma y no he ganado peso. ¡Tendrán que subirme a pulso!

Me ayudan a pasar de mi silla a una más pequeña y estrecha que pueda desplazarse por el pasillo del avión, me abrochan el cinturón y ¡hala, para arriba! Lidia no quiere ni mirar y sube primero.

Una vez dentro, me pasan al asiento del avión, y como a las personas con problemas de movilidad nos ponen siempre en el asiento de la ventana, tienen que ir pasándome por todos los demás asientos antes de llegar al mío, donde ya tengo el cojín preparado.

Los amigos de la asistencia se despiden, rojos y acalorados, pero sin perder la sonrisa. ¡Hoy se han ganado el sueldo!

Por fin estoy en el avión. Una vez acomodado empiezan a entrar el resto de pasajeros. Los voy observando uno por uno y pienso: «Es curioso, todos vamos al mismo lugar, pero somos muy diferentes.» Aprovecho el vuelo para repasar los papeles para la ponencia que haré mañana.

Mientras el avión se empieza a mover, las azafatas cumplen con la normativa y nos explican todas las medidas que debemos tomar en caso de emergencia. Nadie las mira. ¿Qué pensarán mientras dan todas esas explicaciones que nadie escucha? Hoy sí les presto atención, y no entiendo qué sentido tiene que me expliquen el funcionamiento del chaleco salvavidas si estamos a punto de salir hacia León y no sobrevolaremos ningún mar ni océano ni creo que vayamos a caer en algún lago...

Vuelvo a mi ponencia, esta vez dirigida a los adolescentes de una escuela. Hace cinco años que doy charlas para empresas sobre superación personal. Una de las firmas con las que más he trabajado es MGS Seguros, que por medio de su fundación hace

mucho tiempo que nos lleva por todas partes, junto con el profesor Joan Elias, que es capaz de aplicar todos los valores de los que hablo durante mi ponencia al mundo de la empresa.

Fue al terminar una de esas jornadas cuando nos propusieron hacer este mismo formato de conferencia enfocada a los adolescentes. A todos nos pareció muy buena idea, adaptamos nuestras ponencias para este nuevo público ¡y fue todo un éxito!

Los jóvenes de hoy en día necesitan un poco de orientación. Si a nosotros todo esto de la crisis, los recortes, los despidos, etc., nos desconcierta, no me puedo ni imaginar lo que pasa por la cabeza de los adolescentes, que tienen a su alcance toda la información del mundo, sólo tienen que hacer un clic.

Por eso son tan enriquecedoras estas jornadas con ellos. Les cuento mi experiencia sin otra intención que compartirla, lanzo una serie de mensajes sobre los valores que me han llevado hasta aquí. Luego, Joan lo analiza todo y da las ideas sobre cómo aplicar mis mensajes a sus vidas. Y al final, el mejor momento de todos, el turno de las preguntas. Cuando consigues que un chico o una chica de diecisiete años se levante ante cien compañeros y se atreva a compartir sus inquietudes, te das cuenta de que tu trabajo ha valido la pena.

Por fin aterrizamos. Las azafatas nos avisan de que tendremos que esperar a que baje todo el mundo. Otra vez van pasando por nuestro lado todos nuestros compañeros de viaje, y todos tienen prisa por salir, así que la espera es corta. Entonces vemos entrar a los chicos de la asistencia. Se acercan con la silla especial y volvemos a hacer el mismo ritual de la subida, pero al revés. El aeropuerto de León es pequeño, así que no hay *finger*, pero la silla que llevan es eléctrica y les ayuda a bajarme sin tanto esfuerzo, y yo también estoy más tranquilo. Una vez en el suelo y sentado en mi silla, respiro.

Nos dirigimos hacia la cinta de los equipajes. Sólo queda nuestra maleta dando vueltas.

Al salir de la terminal ya nos esperan los compañeros de la Fundación MGS y Joan Elias. Tomamos un taxi hacia el hotel.

Siempre que llego a un hotel que no conozco tengo curiosidad por ver las habitaciones «adaptadas». Actualmente hay muchos hoteles que pueden ofrecer habitaciones con adaptación para personas en silla de ruedas, pero no todas son accesibles. Te puedes encontrar con que la pila del lavabo es baja para que pueda llegar una persona sentada, pero no se han fijado en que es tan baja que debajo no caben las piernas, y debemos limpiarnos los dientes a distancia. O que las duchas estén a ras del suelo, para facilitar el acceso, pero no hay una silla donde sentarse mientras te duchas. Está claro que vamos avanzando y que en los últimos años ha habido muchas mejoras, pero conviene seguir trabajando.

En el caso del hotel de León, las adaptaciones han sido hechas con mucho cuidado, es perfecto.

Después de una buena cena, nos vamos a dormir. El viaje no ha sido largo, pero sí muy pesado. Necesito descansar.

Nos levantamos a las siete y media de la mañana. Durante las horas previas a la charla me gusta estar tranquilo y poder repasar y pensar qué diré o cómo lo diré. Aunque tengo un PowerPoint que me sirve de guion, cada ponencia es diferente, porque la gente que escucha nunca es la misma. Después del desayuno vuelvo a la habitación, y los otros se van para organizar la puesta en escena.

Cuando llego al salón de actos de la escuela ya está todo preparado. Carteles gigantes con fotos de mis coches de carrera, la réplica de mi última moto, imágenes mías de piloto y tres maniquíes vestidos con mis equipos de piloto más simbólicos. Es una puesta en escena impresionante.

Probamos todo el material gráfico y de audio. Necesito saber que todo funcionará perfectamente. Acabamos de hablar con Joan Elías para estar lo más compenetrados posible y con el director del colegio para saber algo más de los jóvenes a los que va dirigida nuestra jornada. Ponemos *Starships*, de Nicki Minaj, en la megafonía de la sala para recibir a nuestra audiencia.

Pasados unos minutos, comienzan a entrar los chicos y las chicas, trescientos adolescentes que van llenando la sala en medio del alboroto. El director de la escuela está nervioso, sufre por cómo se comportarán, duda si aguantarán las dos horas que dura el acto. Nosotros le tranquilizamos, sabemos que sí.

Empezamos con mi charla. Los chicos se portan muy bien; voy mirando sus caras, están expectantes, todos en silencio, sólo algún comentario con los compañeros en voz baja. Les hablo de mi infancia, del enduro, de África y de los niños africanos, del accidente y de las ganas de luchar. No quiero que sientan pena, lo que busco es animarlos para que crean en ellos mismos.

A continuación es el turno de Joan, que sorprende a todos con su sentido del humor y su ironía, y se mete al público en el bolsillo. Y acabamos con un turno de preguntas que incluso sorprende al director de la escuela.

Al finalizar el acto, mientras recogemos, se nos acercan los jóvenes con más preguntas. Los profesores vienen a darnos las gracias por el acto. Y nosotros sentimos que, aunque sólo sea un pequeño grano de arena, hemos aportado algo a estos chicos.

En una de estas ponencias conozco a los directivos de una importante organización y me invitan a una cena de entrega de premios. Me quieren hacer un reconocimiento por mi ejemplo.

Sinceramente, no me gustan mucho este tipo de actos, no me siento nadie especial, pienso que soy una persona inconformista que lucha por lo que cree, pero como muchas otras personas desconocidas a las que nadie reconoce su esfuerzo.

Finalmente acepto la invitación y voy con Lúdia al hotel donde se celebra este acto. La entrada ya impresiona: un montón de gente que no conocemos vestida de gala para la ocasión. Entro discretamente con Lúdia y nos dirigimos a un rincón donde se encuentran

las listas de cómo debemos sentarnos.

Cuando llegamos a nuestra mesa, la mayoría de nuestros compañeros ya están sentados. Es una mesa redonda de diez personas, y cuatro o cinco van en silla de ruedas. Una vez hechas las presentaciones, uno de ellos, pongamos que se llama Josep, está un buen rato recitando una serie de quejas hacia la sociedad en general: que si los trenes, que si los aviones, los restaurantes, las personas... Otro compañero de mesa, pongamos que se llama Carles, visiblemente cansado de oírle, le dice:

—No todo es negativo. En general, se ha avanzado mucho. En estos momentos hay mucha más concienciación sobre las discapacidades, la sociedad se está esforzando...

Josep, indignado, le corta y le reprocha:

—Y tú, ¿quién te crees que eres para opinar sobre ello, si no tienes ninguna discapacidad? ¡No opines sobre un tema que no entenderás nunca!

Carles se queda callado y Josep nos mira a los demás buscando la aprobación en nuestras caras, pero lo que encuentra es todo lo contrario: al resto de comensales nos gustaría meternos debajo de la mesa por la vergüenza que sentimos.

De pronto, con toda la calma y la educación del mundo, Carles se vuelve para decir:

—Señor, sí sé de qué hablo. Soy ciego.

Nunca olvidaré ese momento. ¡Qué imagen!

Nunca es bueno generalizar y, por suerte, la gente como Josep no son mayoría, pero hay muchos como él y hay que tenerlo presente.

Evidentemente, tener una discapacidad es una faena y hay que intentar que las personas que la padecen tengan las mejores condiciones de vida y las mismas oportunidades que los demás. Pero lo que no es justo es que esas personas discriminen a las que no tienen ninguna discapacidad, que las hagan sentirse mal por ello.

Alguna vez nos ha ocurrido a Lúdia y a mí: estamos con un grupo de gente, todos en silla de ruedas, y nadie la mira, ni mucho menos le dirige la palabra, y soy yo quien trato de ir metiéndola en la conversación, porque los otros no lo hacen, quizá porque la consideran «demasiado normal».

Y eso es lo que ha hecho Josep. Si se hubiera preocupado de mirar y escuchar al resto de compañeros de mesa que no van en silla de ruedas, se habría dado cuenta de los esfuerzos que hacía Carles para comer o para seguir las conversaciones. Pero no lo ha hecho y posiblemente no lo hará nunca.

Por encima de las lesiones, las situaciones, el género, el nivel cultural, el color de la piel..., están las personas. Y, nos guste o no, tenemos que convivir todos juntos y sacar adelante nuestra sociedad. Así que más vale que dejemos de ver a las personas que no son como nosotros o no piensan como nosotros como el enemigo que batir. Debemos empezar a entender y respetar a los demás, por muy diferentes que sean de nosotros.

Si perdemos el tiempo odiando a los demás y lamentándonos, dejamos de disfrutar de la vida.

Porque no debemos detenernos nunca

Hoy es el día 23 de noviembre de 2011. Después de muchos meses de trámites burocráticos, cientos de llamadas y correos electrónicos, reuniones y viajes arriba y abajo, la Fundació Isidre Esteve es una realidad que hoy presentamos oficialmente.

Estoy muy nervioso. Tengo tantos mensajes y tanta información en la cabeza que no sé si lo conseguiré cuando deba transmitirlo a quienes me escuchen. Mientras el resto del equipo organiza la sala, me he refugiado en un pequeño rincón. Necesito estar solo, y repaso una y otra vez lo que voy a decir. Conozco tan de primera mano nuestros proyectos que tengo que ir con cuidado para no saltarme nada, para explicar el cómo y el porqué de cada uno de ellos.

De lejos oigo que empiezan a llegar los invitados, y tengo que salir a recibirlos. Pero antes doy un último repaso al guion que me he preparado, me miro en el espejo y pienso: «Isidre, no hay marcha atrás, estás a punto de empezar otra carrera.»

Salgo y ya me están esperando. Artur Peguera —el conocido periodista deportivo de TV3— ha sido el primero en llegar, será el presentador del acto. No podíamos elegir a nadie mejor para hacerlo, por su profesionalidad y sobre todo por su amistad. Siempre está dispuesto a echarnos una mano.

Van llegando nuestros amigos, aquellos que nunca nos fallan, aquellos que aunque no los veas muy a menudo, sabes que si los necesitas están a tu lado, y hoy no es una excepción. Después de saludarlos, vamos indicándoles dónde deben sentarse.

La sala se va llenando; cada vez hay menos butacas libres. Veo llegar a la familia, la de Lúcia y la mía, que vienen con más amigos de Olana, y me emociono al verlos, porque sé el esfuerzo que han tenido que hacer para bajar a Barcelona.

Todo el mundo está en su sitio. En la mesa, a mi lado, tres de las personas que más nos han ayudado y que son parte importante de nuestros proyectos: César Rojo, director de KTM España; Josep Maria Lloreda, presidente de KH Lloreda; y Lluís Til, médico del CAR y del FCB. Los miro, sonrío y pienso: «¡Cuántas cosas hemos vivido juntos!»

Miro al público. Tengo y siento muy cerca a un montón de personas muy importantes que por un momento han hecho un alto en su ajetreada vida para estar hoy aquí, en la presentación de nuestra fundación. Siento una gratitud infinita hacia todos ellos.

Es el momento de empezar. Artur rompe el hielo, da los agradecimientos y hace las presentaciones correspondientes. Es mi turno.

Empiezo mi exposición y les cuento el proyecto del cojín inteligente, mi experiencia con las úlceras, el tratamiento con el doctor Til, la reunión con Josep Maria Lloreda y todos los detalles de la increíble historia de este cojín.

Después les hablo de Centre Pont. La idea de este centro surge a raíz de un encuentro con el doctor Casimiro Javierre, profesor de fisiología del deporte de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. Periódicamente, Casimiro nos hacía unas pruebas de valoración funcional como parte de nuestro programa de entrenamiento. Con él compartimos muchos ratos hablando de las personas con discapacidad, de la importancia de la actividad física para nuestra salud...

Una persona, cuando sufre una lesión medular, debe pasar por una serie de etapas distintas: hospitalización, estabilización de la lesión, concienciación de su nuevo estado, rehabilitación. Y en cada uno de estos momentos cuenta con la protección y el apoyo de un montón de profesionales que le asesoran y le ayudan. Además, vive dentro de un espacio adaptado y preparado expresamente. Pero cuando la rehabilitación se acaba...

Sabemos que muchas de las personas que salen de un centro de rehabilitación, de repente, se sienten desprotegidas, inseguras, tanto en lo referente a sus capacidades como en lo que respecta a la sociedad. Tienen miedo de lo que se encontrarán fuera y muchas veces caen en la dejadez, lo que a medio plazo puede suponer un incremento de enfermedades como infecciones, obesidad o depresión, a la vez que también puede causar el desgaste de su entorno, de sus relaciones personales.

Al mismo tiempo, también sabemos que la práctica de una actividad física es beneficiosa en todos los ámbitos y que si además lo hacemos acompañados también puede ser una herramienta de integración social. Ya hay centros donde las personas con discapacidad pueden practicar un deporte o actividad física, pero la mayoría son lugares sólo para personas discapacitadas. Así que la «reinserción social» se hace difícil.

El Centre Pont pretende que, tras unos meses de aprendizaje, la persona con discapacidad haya cogido el hábito de hacer actividad física y que esté preparada para hacerla en cualquier gimnasio convencional, que sea capaz de seguir su rutina de entrenamiento en el mismo gimnasio y con las mismas máquinas que lo hacen sus amigos o familiares. En definitiva, que no precise acudir a un centro específico para discapacitados, porque así le será más fácil integrarse, volver a compartir actividades con sus amigos o hacer nuevas amistades, independientemente de que tengan una discapacidad o no.

Entonces es cuando explico la importancia que ha tenido el deporte en mi vida, y sobre todo el hecho de poder seguir entrenando en el mismo centro al que iba antes del accidente. Y luego competir otra vez con mis compañeros de siempre.

Para mí, eso es la integración.

También les hablo del proyecto de Ghana, en el que trabajaremos para la inserción de niños con discapacidades físicas y psíquicas junto con Esport Solidari Internacional y Wings for Life.

Después les cuento que desde nuestra fundación también promoveremos la información sobre las líneas de investigación para la regeneración de la médula espinal. Somos conscientes de que hay mucha gente trabajando para poder solucionar nuestra

lesión, por eso queremos que todo el mundo lo sepa y que las personas que sufren esta discapacidad se den cuenta de la importancia de no dejarse, de cuidar el propio cuerpo y de mantenerlo en las mejores condiciones. Porque si algún día llega esa solución soñada, estemos preparados para aceptarla. Y ese día llegará. Tardará aún muchos años, pero llegará.

Observo las caras de mi auditorio, emocionadas y sorprendidas. Hoy, muchos de ellos han aprendido muchas cosas sobre la lesión medular y lo que realmente conlleva. No somos sólo alguien que va en una silla de ruedas; hay muchas más cosas que cambian.

Pero nuestra discapacidad tampoco es el fin del mundo. Sí, hay limitaciones, pero se pueden hacer muchas cosas. Y es por eso que hoy les hemos convocado a todos en esta sala, porque las queremos hacer, queremos seguir adelante, trabajar para minimizar los daños colaterales de la lesión medular, facilitar el camino para que la discapacidad no anule a nadie, para que no sea un punto y aparte, porque debe ser un punto y seguido en la vida.

Y para llegar a la meta de esta nueva carrera que nos hemos propuesto hacer, necesitamos un buen equipo al lado, personas y empresas que nos den su apoyo y el empuje que necesitamos.

Acabo mi intervención emocionado y lleno de energía. ¡Tener a todos estos amigos cerca me da fuerzas!

Siguen las palabras del señor Lloreda, que anima a la audiencia e incide en la importancia que tiene el apoyo de todos para poder llevar a cabo nuestros proyectos. No sirven las palmaditas en la espalda, no basta con aplaudir los proyectos: debemos mojarnos todos juntos, hacer piña y creer que entre todos podemos cambiar las cosas.

A continuación es el turno del doctor Til, que explica cómo vivió él mi sufrimiento con las úlceras y hace su aportación de lo que médicamente supone este problema, lo que puede llegar a provocar. También nos habla de la importancia que tiene la práctica de la actividad física para la salud, tanto física como mental.

Finalmente, habla César Rojo, y con su discurso nos emociona a todos:

Durante la carrera no se rindió nunca. Ni cuando en el Dakar se le rompió el motor se rindió. Ni siquiera cuando se rompió el bazo; a pesar de tener una hemorragia importante, pedía ayuda para volver a subir a la moto.

La palabra *rendirse* no existe dentro del vocabulario de Isidre. Es por eso que es un ejemplo para todos, nos da fuerza en el día a día y da valor a todo lo que hace.

Permitidme un momento sólo para acordarme de Lidia en este punto, incombustible, infatigable. Gracias, Lidia, por echarle gasolina a Isidre todos los días.

Isidre se ha convertido en un referente social, alguien a quien seguir y a quien imitar. Es por eso que en este nuevo proyecto, la Fundació Isidre Esteve, todos le apoyaremos con la emoción de saber que todo lo que podamos aportar se utilizará para ayudar a otras personas que tienen el mismo problema que Isidre y no son tan fuertes como él.

Si no conociera a Isidre, no entendería nunca la gran importancia de palabras como *cojín inteligente*. Si no le conociera, seguro que pensaría que es un artículo de teletienda. Pero ahora sé que el *cojín inteligente* puede marcar la diferencia entre vivir ante el mundo, aunque sea sentado, o vivir tumbado boca abajo en una

cama con unas úlceras terribles.

Si no le conociera, no valoraría suficientemente las charlas sobre superación y motivación, por poner un ejemplo, porque mucho más peligroso que estar enfermo de la espalda es estarlo del cerebro.

Por desgracia, en KTM estamos muy sensibilizados con la paraplejia. No es sólo Isidre. Desde Pit Beirer a Hannes, el hijo de Kini, la silla de ruedas es un vehículo más en nuestras oficinas, que están adaptadas para poder trabajar con esta lesión. Tanto en Austria como en España, la silla de ruedas no debe ser más problema que lo que dice Isidre con su eterna ironía: «Ahora soy un poco más bajito.»

Isidre, los que te conocemos no te vemos un poco más bajito, te vemos mucho más alto. Antes, como piloto, eras nuestro héroe, pero ahora eres mucho más que eso. Eres nuestro líder, la referencia que nos recuerda que no podemos dejar de luchar nunca, por más grande que sea el problema.

Particularmente, en los malos momentos, cuando me llegan los problemas, pienso en ti y recuerdo que lo importante no son los problemas, sino la manera que tenemos de hacerles frente. Es inevitable tener problemas, lo que depende de nosotros es la manera de afrontarlos.

Y tú haces frente a tu problema de una manera ejemplar para todos. Gracias por mostrarnos el camino.

Isidre, cuenta conmigo. Cuenta con KTM España. Cuenta con todos nosotros para apoyar a la Fundació Isidre Esteve, porque aunque nos vuelvan locos las carreras, lo que es realmente importante es la vida.

Con estas palabras, la sala se queda en silencio. Todo el mundo se ha emocionado, tengo un nudo en la garganta y recuerdo todo lo que este hombre ha hecho por mí.

Después, Artur toma la palabra para cerrar el acto y este final es el pistoletazo de salida de este nuevo proyecto, la Fundació Isidre Esteve.

A partir del día de la presentación de la Fundació, nos hemos puesto a trabajar duro en nuestros proyectos. Hemos visitado a los estamentos públicos, las empresas privadas y diversas entidades. Hemos hecho entrevistas a profesionales, pruebas de material, reuniones ¡y ya tenemos la ubicación de nuestro Centre Pont!

Desde la dirección del CAR de Sant Cugat, en cuanto conocieron nuestro proyecto, quisieron sumarse a él. Ellos saben, mejor que nadie, la importancia que tiene el deporte en el crecimiento personal. No hay un entorno mejor para ubicar nuestro centro: rodeado de naturaleza, con un ambiente positivo y deportistas que cada día se dejan la piel en sus entrenamientos para lograr sus sueños.

En septiembre de 2012 empezamos a trabajar para acondicionar una de las salas que quedarán vacías en el CAR con la apertura del flamante nuevo módulo de entrenamiento de esta entidad. También comenzamos la selección de nuestros técnicos y su formación.

Un mes después inauguramos el centro y en noviembre empezamos a trabajar con los primeros usuarios. Con la supervisión de Lúdia, se hacen los primeros entrenamientos, que a medida que conocemos a los usuarios se personalizan al máximo.

Van pasando las semanas y cada vez aprendemos más los unos de los otros. Un par de veces al mes planificamos una jornada de deporte adaptado que practicamos todos juntos. Tenis, natación, pimpón, atletismo, baloncesto..., hay un montón de deportes que pueden practicar conjuntamente los técnicos, los usuarios y sus familiares y amigos.

En pocos meses, este centro puente ya es una gran familia.

Más adelante, adaptaremos este proyecto a los más pequeños, para que los niños, a pesar de tener una amputación, una discapacidad o una enfermedad crónica, puedan practicar algún deporte. Hay muchas disciplinas que pueden practicar con los demás niños, no deben apartarse o aislarse, ya desde muy pequeños deben tener todas las oportunidades.

Siempre he pensado que ayudar a los demás es, en cierto modo, un acto de egoísmo, porque la sonrisa agradecida de las personas a las que llegan nuestros proyectos me hace sentir bien, es la mejor recompensa que hay. Es la mejor motivación para seguir luchando cada día, imparables, y sacar adelante nuestra fundación.

Porque podemos quejarnos y sufrir, pero nunca podemos dar la espalda a la vida

Esta carta la escribimos hace unos meses y la dedicamos a un compañero piloto, Joan Lascorz, que tuvo un accidente durante unos entrenamientos y sufrió una lesión medular. Pero también es para todos aquellos que por una u otra razón lo están pasando mal. Para todos ellos.

Nunca sabes cómo empezar a escribir en una situación así. Recuerdo que mientras estuve en el hospital, la gente entraba en la habitación sin saber muy bien qué decir, qué hacer. Tenían miedo de meter la pata, de no estar a la altura de la situación.

Durante mi vida siempre he intentado ir al grano, sin rodeos, afrontando las cosas como vienen y directo a la acción. Y con esta misma filosofía encaré mi lesión. Enseguida quise saber hasta dónde llegaba, para tener claro el punto de partida.

Es evidente que pasarás momentos muy duros, tu cabeza dará mil vueltas, lo verás todo negro y sentirás la impotencia de no poder hacer nada. Lloras, gritas, desahógate, nadie te lo reprochará.

No podemos controlar todo lo que nos pasa en la vida, no todo depende siempre de nosotros, pero sí podemos decidir cómo afrontar lo que sea que pase. Nosotros podemos decidir hasta qué punto nos afectará.

En lugar de repasar una y otra vez lo que ya no podrás hacer nunca más, haz una lista de todo lo que sí podrás hacer, y a partir de este momento, ponte a trabajar en ello.

Los deportistas tenemos una ventaja enorme respecto a quienes no lo son: estamos acostumbrados a la lucha, al trabajo duro, a la superación, no nos da miedo el sacrificio si nos sirve para llegar a la meta. Así que búscate una nueva meta, te aseguro que las hay.

La vida es un regalo. A veces nos castiga con fuerza y nos sacude, pero tenemos la obligación de aceptarla, disfrutarla y aprovecharla al máximo dentro de nuestras posibilidades. Debemos exprimirla y extraer lo mejor de ella. Tenemos que vivirla.

Si miras a tu alrededor, verás que hay un montón de razones para hacerlo.

Por ti mismo, porque ya has sufrido bastante y te mereces otra oportunidad.

Por tu familia, porque siempre estarán contigo incondicionalmente, porque te quieren y se merecen que les des lo mejor de ti.

Por todos tus amigos, aquellos que siempre tienes cerca, porque en una situación como ésta se hace una «selección natural» de las amistades, y los que quedan son los buenos, con ellos podrás volver a compartir experiencias, cenas, salidas...

También hay otra razón muy importante para seguir adelante, que no debe convertirse en una obsesión, pero debe servir para motivarte a la hora de trabajar. Hay muchos científicos en todo el mundo que están investigando y buscando una solución para nuestra lesión. Seguramente su propósito no está cerca, pero no es imposible.

Yo he ido descubriendo razones y encontrando nuevos motivos durante todos estos años, y tú también lo harás. Sólo tienes que mantener tu mente abierta, el corazón fuerte y no perder el coraje que como piloto nos has demostrado que tienes.

Mira hacia el futuro con ilusión. A partir de ahora, todo lo que venga será mejor de lo que has vivido estas últimas semanas.

Sigue pilotando tu vida hacia donde tú decidas.

Agradecimientos

Isidre Esteve

Han pasado casi seis años desde el accidente. En todo este tiempo hemos vivido infinidad de situaciones, momentos de todo tipo que nos han servido para aprender mucho más de lo que jamás podríamos haber imaginado. Es difícil recordarlos todos y más aún poder plasmarlos en un libro, pero estamos satisfechos y esperamos que lo disfrutéis.

Cuando hablo de nuestro día a día no puedo hacerlo sin mencionar a Lúdia en todo momento. Ella ha sido y es mi vida, mi amor y mi motivación, el motivo por el cual sigo luchando. Por eso le quiero dar mil gracias. Me faltan palabras para agradecerse todo, por haber decidido compartir el camino de la vida conmigo. Sólo quiero decirle que espero que todo lo que nos queda por vivir sea como mínimo igual o mejor que lo que ya hemos vivido, de todo corazón.

Y en el corazón tengo también un lugar muy grande para mi hija Andrea. Ella y Lúdia me dan la fuerza para afrontar lo que haga falta, una energía incomparable, como su amigo, y estoy tremendamente agradecido a la vida por permitirme disfrutar de esta sensación de felicidad.

También quiero agradecer a la familia que haya entendido y aceptado nuestras decisiones. Y quiero dar las gracias a los amigos: al principio crees que tienes muchos, pero a medida que pasa el tiempo te das cuenta de que no son tantos. Gracias a todos por vuestro apoyo; vosotros sois un motivo y una parte importante del camino que nos conduce a la normalización de nuestro día a día.

Lúdia Guerrero

A todos aquellos que han leído mis artículos y me han ayudado a mejorar.

A mis padres, Sisco y a Fanía, por ser mis primeros lectores y darme apoyo incondicional en todas mis locuras.

A Gisele, por abrirme las puertas de su casa siempre que ha sido necesario y los brazos cuando las fuerzas me han fallado.

Y a Isidre, por ser como es y dar siempre la vuelta a las adversidades, por estar a mi lado y provocarme una sonrisa cada día, por creer en mí y en mis sueños.

Imparable

Isidre Esteve

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *No t'aturis mai*

© del diseño de la portada, Departamen Planeta

© de la imagen de la portada, Rodrigo Díaz Wichmann

© Isidre Esteve, 2013

Edición de Lidia Guerrero

© de la traducción, Josep Escarré, 2013

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., Columna, 2013.

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2013

ISBN: 978-84-08-11285-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Porque somos libres y dueños de nuestro destino	3
Porque el accidente es sólo un accidente, no es nada esencial	10
Porque debemos amarnos a nosotros mismos si queremos que nos quieran los demás	18
Porque tenemos que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas	25
Porque debemos guardar duelo por todo lo que hemos perdido, pero también celebrar todo lo que nos queda	35
Porque lo importante no es ser el primero, sino estar	44
Porque estamos rodeados de personas que nos quieren y nos ayudan	56
Porque vencer los obstáculos nos puede dar la mayor de las satisfacciones	64
Porque la felicidad auténtica es movimiento y revolución, no conformismo	72
Porque la vida nos depara situaciones excepcionales, si unas son malas, otras pueden ser buenas	79
Porque la crisis no es un fracaso	88
Porque no debemos detenernos nunca	97
Porque podemos quejarnos y sufrir, pero nunca podemos dar la espalda a la vida	105
Agradecimientos	109
Créditos	113